



INSTITUTO DEL VERBO ENCARNADO

**CATEQUESIS DE PREPARACIÓN PARA EL INGRESO A LA
TERCERA ORDEN DEL INSTITUTO DEL VERBO ENCARNADO**

Historia, carisma y espiritualidad del Instituto del Verbo Encarnado

Introducción

El *motivo* por el cual existe la Tercera orden secular del Instituto del Verbo Encarnado está especificado en el *Directorio de la Tercera orden*: «... intentamos ayudar a los innumerables fieles cristianos laicos que, insistente y perentoriamente, nos suplican que les facilitemos ayuda espiritual, para que a la luz de los principios y fines de nuestra Familia religiosa puedan procurarse una ayuda vital para la propia santificación y la de los demás, para gloria de Dios y bien de la Iglesia» (*Directorio de la Tercera orden* [DTO], 2).

De aquí se sigue que la **santificación personal** de cada uno de los miembros **y la de los demás** es el fin primero de la Tercera orden de nuestra Familia religiosa. En efecto, los fieles laicos, por su inserción en el misterio de Cristo y su participación de Su triple oficio (sacerdotal, profético y real), según el modo que les es propio (cf. SAN JUAN PABLO II, Exh. ap. *Christifidelis laici* [ChL], 14); están llamados a la perfección de la vida cristiana tanto como los consagrados.

En particular, quienes pertenecen a la Tercera orden del Instituto del Verbo Encarnado, buscan este fin de la santidad personal por un **camino concreto**, que es el que marcan «los principios y fines de nuestra Familia religiosa», y esto los debe distinguir y cualificar «para gloria de Dios y bien de la Iglesia»: «... ser un laico del IVE es ser alguien que ama y sirve de verdad a la iglesia, trabajando con ahínco por su santificación personal, luchando por ser “otro Cristo” [cf. DTO, 8]. Lo cual se traduce en seguir a Jesús pobre, sin abatirse por la escasez ni ensoberbecerse con la riqueza; imitando a Cristo humilde sin ambicionar glorias vanas, sino en todo procurar agradar a Dios antes que a los hombres, dispuestos siempre a dejarlo todo por Cristo; e incluso hasta a padecer persecución por la justicia, recordando siempre las palabras del Señor: *si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (Mt 16, 24)»¹.

Es por eso que la preparación para el ingreso en nuestra Tercera orden tiene que buscar enraizar a «nuestro» laicos en el espíritu propio que nos distingue como una familia religiosa peculiar dentro de la Iglesia (cf. *Constituciones*, [92]). Y para esto es preciso que ellos conozcan nuestra historia, nuestro carisma y los rasgos específicos de nuestra espiritualidad. Para que, a partir de estos elementos comunes, puedan los miembros de la Tercera orden «formar con los miembros del Instituto del Verbo Encarnado y de las Servidoras del Señor y de la Virgen de Marará una única familia, unidos por la misma fe, los mismos fines, la misma misión, el mismo carisma, la misma índole y el mismo espíritu»; siendo «parte esencial y constitutiva de la familia del “Verbo Encarnado”, y de la cual la familia religiosa del Verbo Encarnado no puede prescindir, en cuanto que es la prolongación del accionar de ambos Institutos en los ámbitos propios de la vida laical» (DTO, 5).

1. Historia

(fuente principal: <https://ive.org/es/quienes-somos/presentacion>)

¹ P. NIETO, GUSTAVO, IVE, «Homilía en la Santa Misa en San Pedro en el Vaticano», 2 de agosto de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Acti dell'IVE meeting*, Roma 2019, 239.

La gracia fundacional

El fundador del Instituto del Verbo Encarnado es el padre Carlos Miguel Buela, nacido en la provincia de Buenos Aires (Argentina), quien siendo sacerdote diocesano, recibió la inspiración de fundar una Congregación religiosa el 3 de mayo de 1981. Movido por el deseo de ser fiel a la gracia fundacional recibida, sólo tres años más tarde, el **25 de marzo de 1984**, Solemnidad de la Anunciación, comenzó la experiencia de vida religiosa en la ciudad de San Rafael, provincia de Mendoza. El entonces Obispo de San Rafael, Monseñor León Kruk, aprobaba la experiencia de vida comunitaria, que dio comienzo en las instalaciones del Seminario diocesano «María, Madre de Dios». Así, con su bendición, nació el Instituto del Verbo Encarnado como Asociación pública de fieles. Ese mismo día, el Sumo Pontífice, Juan Pablo II, consagraba el mundo al Inmaculado Corazón de María, en la Plaza de San Pedro frente a la imagen de la Virgen de Fátima.

La primera casa propia del Instituto fue adquirida en 1985, en lo que daríamos en llamar la «Villa de Luján», en El Chañaral. El día 22 de febrero de ese año, Fiesta de la Cátedra de San Pedro, se celebró allí la primera Misa. La «Casa Madre» de nuestro Instituto continúa, aún hoy, albergando muchos hijos que se preparan para llevar el carisma de la evangelización de la cultura a diversos países del mundo. Allí funciona el Seminario religioso «María, Madre del Verbo Encarnado».

Con ocasión de la novena y fiesta del Cristo y la Virgen del Milagro en Salta, el primer grupo de seminaristas acompañados de algunos sacerdotes, viajaron a esa ciudad, donde realizaron sus primeros votos de esclavitud mariana según el método de San Luis María Grignon de Montfort. Los primeros votos de pobreza, castidad y obediencia fueron profesados por primera vez en el año 1986.

Primera expansión misionera

Providencialmente, el Instituto comenzó a expandirse siendo aún muy joven. Tres sacerdotes fundaron en la Diócesis de Añatuya, Santiago del Estero, ya en el año 1985. En 1986 se consagró en la misma Diócesis de San Rafael una nueva parroquia: San Maximiliano Kolbe, atendida pastoralmente por sacerdotes del Instituto.

La primera fundación fuera de Argentina tuvo lugar en 1987, en la legendaria ciudad de Cuzco, Perú. En 1989 se inició la primera fundación en Estados Unidos, en la Diócesis de Brooklyn, Nueva York. Poco después, algunos sacerdotes viajaron a Roma para realizar sus estudios de licenciatura en las Universidades Pontificias. También en el año 1987 fue fundado oficialmente el Seminario menor «San Juan Apóstol».

La divina providencia fue guiando progresivamente nuestros pasos para convertirnos en Instituto religioso. En 1988 se abrió el primer Noviciado, llamado «Marcelo Javier Morsella» en recuerdo del primer miembro del Instituto fallecido (el 8 de febrero de 1986, en la localidad de El Nihuil). Ese mismo año fueron fundadas la Rama contemplativa masculina, y también la Rama femenina: el Instituto Servidoras del Señor y de la Virgen de Matará.

El primer Capítulo general del Instituto se celebró en 1988, y el segundo Capítulo general sólo un año después, en 1989.

La temprana expansión de nuestra naciente Congregación fue aumentando el incentivo misionero de sus miembros. En 1992, se fundó en Israel, y el Noviciado «Beato Pier Giorgio Frassati» en Italia. En 1993 en Rusia, Tierra Santa y Taiwán; en 1994 en Ucrania y en Sezze Romano, creándose también el Colegio romano internacional «Juan Pablo II» para los sacerdotes estudiantes. El año 1995 vio nacer fundaciones en Brasil, Egipto, Camaná (Perú) y Guyana. En 1996

se fundó en Sudán, se abrió un nuevo Monasterio en Tierra Santa, el Seminario Menor en Brasil, y nos fue encomendada la *missio sui iuris* en Tajikistán. En 1997, Dios nos bendijo con nuevas casas en Hong Kong y Papúa Nueva Guinea, y en la selva amazónica peruana; y en 1998 en Chile, Ecuador, Canadá y Cuba, en la diócesis de Hsinchu (Taiwán) y en la aquidiócesis de Filadelfia (Estados Unidos).

Aprobación canónica

En 1994 se celebró el tercer Capítulo general, el cual fue descrito de esta manera: «... la alegría más grande, la impresión más profunda es que el Capítulo general fue un himno de alabanza al Verbo Encarnado. De tal manera que la herencia más importante del Capítulo es: ¡Jesucristo es el Señor!» (Padre Carlos M. Buela). Durante el Capítulo, Juan Pablo II fue proclamado «Padre de nuestro Instituto». También se aprobaron unánimemente las *Constituciones*, y se presentaron oficialmente a la autoridad competente; se configuró gran parte del Derecho propio (*Directorios*), y se solicitó la erección canónica como Instituto religioso. Al fin del Capítulo se decidió trasladar la Casa generalicia a Roma.

De 1995 a 2001, la Santa Sede encargó a tres Comisarios papales acompañar la vida del Instituto. En esos años (1997), la misma Santa Sede mostró su confianza al otorgar la *missio sui iuris*, para la implantación de la Iglesia en Tajikistán, un gesto inédito para con una Asociación pública de fieles, como lo era entonces nuestro Instituto. El 24 de mayo de 2001, durante el IV Capítulo general realizado en Segni, Italia, finaliza el período de acompañamiento por parte de los Comisarios pontificios.

En 2004, Monseñor Andrea María Erba, Obispo de Velletri-Segni, **erige el IVE como Instituto religioso de derecho diocesano**. Fue el día 8 de mayo, fiesta de la Virgen de Luján, quien será proclamada poco después Patrona del Instituto.

Tiempos de expansión

La transferencia de la Casa generalicia a Italia favoreció una notable expansión: la fundación del Seminario mayor religioso «San Vitaliano Papa», el Seminario menor «San Juan XXIII», el Centro de altos estudios «San Bruno de Segni», la Casa editorial del Verbo Encarnado, y el Proyecto cultural «Cornelio Fabro», para difundir la obra de este gran tomista italiano. Algunos sacerdotes y religiosas comenzaron a desempeñarse como profesores en las Universidades pontificias: el *Angelicum*, la Urbaniana, la Universidad Europea de Roma, y el Lateranense.

También en otras provincias religiosas del Instituto se fundaron editoriales y se comenzó a colaborar en diversos centros de estudios, academias y seminarios diocesanos.

También en esa época, nuevas parroquias y apostolados fueron confiados al Instituto: en Italia (Palermo, Tarquinia, Trivento, Palidoro, Canneto, Ravena, Asti, Morolo); en Estados Unidos (Brooklyn, San José de California, Bridgtown, Washington, Phoenix, Ohio, Mankato, Chicago, Filadelfia, Bronx); en Chile (San Bernardo); en Argentina (La Plata); en Kenya (Lotward); en Ucrania (Mucachevo); en Islandia (Reykjavik); en Rusia (Omsk, Siberia, Ulyanovsk, Khabarovsk); en Sudán (Rumbek); en Túnez (La Marsa); en Francia (Le Luc-en-Provence); en Irlanda (Killmyshall); en España (Manresa, Santiago de Compostela); en Filipinas (Manila); en Grecia (Atenas); Nuuk en Groenlandia; Bagdad en Irak; Oruro en Bolivia y Alkmaar en los Países Bajos.

Los años posteriores vieron nuevas fundaciones en Islandia, Siberia, Kazajstán, Irlanda, el Seminario menor «José Sánchez del Río» en Minnesota (Estados Unidos), Grecia, Irak, Gaza, Mádaba y el Santuario del Bautismo del Señor en Jordania, Santiago de Compostela (España), Siria, y otras más.

Un regalo de 60 nuevos «sagrarios»

En el año 2009, con motivo del 25º aniversario de la fundación del IVE, el padre Carlos M. Buela, imitando el gesto de Santa Teresa de Calcuta, ofreció a la Virgen 30 nuevos «sagrarios», es decir 30 nuevas fundaciones; y otras 30 en nombre de la Rama femenina, haciendo todo lo posible por responder a tantísimas solicitudes de ayuda de los obispos de diversas partes del mundo (en ese entonces eran más de 300 pedidos).

Gracias a la generosidad y sacrificios de todos los miembros, en menos de dos años se completaron las 60 fundaciones y se ha perseverado en los compromisos asumidos. Entre los más significativos se cuentan las fundaciones en la Franja de Gaza, en Alepo (Siria), en Mádaba (Jordania), en Odessa (Ucrania), en Pumpenai (Lituania), en Beit Jala (Palestina), en Lipa (Filipinas), en Al Fayum (Egipto), en Ontario (Canadá), en Ciudad del Este (Paraguay), en Kallmet (Albania), en Dallas y Venice (Estados Unidos), en Granada (España), en Paphos (Chipre), en Ushetu (Tanzania), en Mérida (México), en Berlín (Alemania), en Lyon (Francia), etc.

En los últimos años, además de consolidar fundaciones existentes, se ha podido responder a pedidos impostergables de la Iglesia por medio de nuevas fundaciones, como Ibiza (España), Wufeng (Taiwán), Génova (Italia), y Edinburgo (Escocia). Por gracia de Dios y debido al sacrificio misionero de muchísimos religiosos, se ha podido mantener prácticamente todas estas presencias a lo largo de los años.

Han sido de particular importancia la fundación del Seminario religioso «Nuestra Señora de Sheshán» en Filipinas, de la Casa de formación monástica «Nuestra Señora del Pueyo», en Barbastro (España), y el acuerdo de cooperación con la Gustav Siewert Akademie en Alemania.

El 6 de mayo de 2010, una religiosa de las Servidoras y otras personas vieron llorar sangre a la imagen de la Virgen del Monte, en el santuario atendido espiritualmente por el IVE en Anjara (Jordania). Pruebas realizadas por pedido del Obispo en un hospital cercano confirmaron que las lágrimas que aparecieron en la imagen eran, de hecho, de sangre humana. Frente a este acontecimiento extraordinario, líderes religiosos, peregrinos (y aún musulmanes que también visitan el santuario), recordaban que en el pasado hubo otras imágenes que lloraron sangre anunciando tiempos de sufrimiento y persecución. De hecho, poco después se produjo un incremento de las hostilidades en todo el Medio Oriente.

A pesar de la violencia de las guerras, nuestros religiosos, como tantos otros de otras congregaciones religiosas, no han abandonado, aún en medio de los peligros, a los fieles, que han sido en muchos lugares objeto de persecución. Los padres y las hermanas del IVE permanecen en la única parroquia católica en la Franja de Gaza y han soportado varios bombardeos y destrucción. Durante años se ha trabajado en Bagdad, y recientemente hemos establecido una comunidad en Erbil, Kurdistán iraquí. El Instituto continúa el trabajo en Túnez, y en la ciudad de Alepo (Siria) que ha sido diezmada por la guerra.

Datos estadísticos

Los datos estadísticos del último *Boletín oficial* del Instituto del 1 de julio de 2018 hacen elenco de 150 casas religiosas, en 91 Diócesis y/o Jurisdicciones Eclesiásticas en 41 países, 428 miembros con profesión perpetua (395 sacerdotes, 17 diáconos, 15 religiosos hermanos), 206 profesos temporales, 130 novicios y postulantes y 86 seminaristas menores, lo cual arroja un total de 850 miembros.

Conclusión

«Poco o nada nos interesa extendernos por muchos países o tener numerosos miembros, si perdemos el espíritu. Sólo a la Iglesia Católica, en la persona de Pedro y sus sucesores está prometida la infalibilidad e indefectibilidad. No perderemos el espíritu, en tanto seamos fieles a Ella y se observe la voluntad e intenciones del fundador en todo lo que constituye el patrimonio del Instituto» (*Constituciones*, [35]).

2. Carisma

(fuentes principales: *Constituciones*, *Directorio de espiritualidad*;

P. RUIZ, GONZALO, IVE, «El carisma del Instituto del Verbo Encarnado»; conferencia del 31 de julio de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE meeting*, Roma 2019, 157-178).

En las *Constituciones*, [30-31] se dice que: «Por el carisma propio del Instituto, todos sus miembros deben trabajar, en suma docilidad al Espíritu Santo y dentro de la impronta de María, **a fin de enseñorear para Jesucristo todo lo auténticamente humano, aún en las situaciones más difíciles y en las condiciones más adversas.**

Es decir, es la gracia de saber cómo obrar, en concreto, para prolongar a Cristo en las familias, en la educación, en los medios de comunicación, en los hombres de pensamiento y en toda otra legítima manifestación de la vida del hombre. Es el don de hacer que cada hombre sea “como una nueva Encarnación del Verbo”, siendo esencialmente misioneros y marianos».

De este carisma depende la sustancia de la vocación de los terciarios del Instituto del verbo Encarnado, ya que esta es una vocación a participar de ese carisma particular y a iluminar desde él el propio camino de santificación personal y de los otros: «como Institutos de Vida Consagrada queremos asociar a nuestra familia religiosa a todos aquellos laicos que deseen participar y enriquecer el tesoro espiritual de la Familia religiosa del Verbo Encarnado mediante los distintos compromisos seculares, para que también ellos sean como una nueva Encarnación del Verbo en los ámbitos propios de la vida laical, informando toda la realidad con la luz y la victoria de la Encarnación» (DTO, 3).

Respecto del carisma tal como lo expresan las *Constituciones* decía el padre Gonzalo Ruiz: «Está aquí incluida, principalmente, la profesión de votos de castidad, pobreza, obediencia y esclavitud mariana que constituye los miembros profesados como religiosos del Verbo Encarnado. Pero esto es también **el corazón, el centro de toda nuestra espiritualidad (reproducir en nosotros el misterio del Verbo Encarnado**, intentando convertirnos en otra humanidad suya para la propia santificación y para el bien de las almas), y también el centro de nuestro **fin específico** como Instituto, que es **la evangelización de la cultura**»².

El carisma de nuestra Familia religiosa, entonces, está anclado en el misterio de la Encarnación, y su existencia tiene sentido como una forma de querer reproducir ese misterio íntegramente. De modo especial, las *Constituciones* («Saber que Jesús es verdadero hombre nos debe mover a considerar que nada de lo auténticamente humano nos es extraño sabiéndolo asumir, a amar en Él a todo hombre y a todo el hombre, a practicar las virtudes mortificativas del anonadarse» [40]) y el *Directorio de espiritualidad* (nn. 74-75) nos impulsan a querer imitar un aspecto del misterio de Cristo, que es el de su anonadamiento. Así lo escribía el padre Gustavo

² P. RUIZ, GONZALO, IVE, «El carisma del Instituto del Verbo Encarnado», 31 de julio de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE meeting*, Roma 2019, 164.

Nieto: «Ya en el segundo punto de nuestras *Constituciones* decimos que “deseamos vivir en un estado que ‘imite más de cerca [...] aquella forma de vida que el Hijo de Dios escogió al venir al mundo...’ [LG, 44]” (*Const.*, [2]), lo cual hace referencia inequívocamente al anonadamiento de nuestro Señor. Por eso seguidamente y a lo largo y ancho del derecho propio decimos que es nuestro intento decidido y nos proponemos “practicar, especialmente [y con toda radicalidad (cf. *Directorio de vida consagrada*, 244)] las virtudes que más nos hacen participar del anonadamiento de Cristo”³. Por tanto, las virtudes del anonadamiento de nuestro Redentor vienen a ser el adorno natural y distintivo principal que debe resplandecer en todos los miembros de nuestro querido Instituto»⁴.

Especificando más, y en relación concretamente a la formulación del carisma, el padre Nieto muestra en otro escrito cómo la cruz, en que se cifra todo el anonadamiento de Jesucristo, está inserta en nuestro estilo particular de vivir la vida religiosa dentro de la Iglesia: «... si cada uno de nosotros está llamado –y de hecho a eso nos hemos comprometido solemnemente bajo voto– a ser “memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús, *el Verbo hecho carne* (cf. Jn 1, 14), ante el Padre y ante los hombres” (*Const.*, [254. 257]) es natural que el Instituto mismo *como un todo* reviva a lo largo de su historia la vida del Verbo Encarnado, quien en su sabiduría infinita eligió “el anonadamiento de Nazaret y del Calvario” (*Const.*, [20]), y por tanto la cruz.

Por tanto, también nuestro Instituto ya en su misión, ya en su misma historia, lleva la impronta de la cruz. Nuestro mismo derecho propio a lo largo y ancho de cada uno de sus documentos lleva impreso el signo de la cruz y esto se vuelve determinante en relación con nuestro puesto en la Iglesia.

En efecto, el carisma mismo del Instituto claramente expresa que la cruz de Cristo y el crucificarse con Él, no es un elemento adjunto al carisma, sino que es parte integral y esencial del carisma mismo: “Por el carisma propio del Instituto, todos sus miembros deben trabajar, en suma docilidad al Espíritu Santo y dentro de la impronta de María, **a fin de enseñorear para Jesucristo todo lo auténticamente humano, aun en las situaciones más difíciles y en las condiciones más adversas**” (*Const.*, [30]). Lo cual se concretiza llevando la gracia de la Redención a las familias, al ámbito de la educación, de los medios de comunicación, a los hombres de pensamiento y a toda otra legítima manifestación de la vida del hombre (cf. *Const.*, [31])»⁵.

Del misterio de la Encarnación, así vivido y reproducido por cada uno de los miembros del Instituto y, de este modo, por el Instituto todo, surge como consecuencia la urgencia e importancia de la *evangelización de la cultura*, que es nuestro fin específico. Citando a san Juan Pablo II se dice en nuestro derecho propio: «Precisamente el fundamento de la evangelización de la cultura es el misterio del Verbo Encarnado. “El término aculturación o inculturación, por muy neologismo que sea, expresa de maravilla uno de los elementos del gran misterio de la Encarnación” [SAN JUAN PABLO II, *Discurso a la Pontificia comisión bíblica*, 26 de abril de 1979]» (*Directorio de vida consagrada*, 336).

El padre Gonzalo ha explicado así el significado de este fin específico nuestro, en relación al carisma, y como nos incumbe a todos los miembros de esta Familia religiosa: «Y es que como “cultura” significa toda actividad del hombre en cuanto tal, que lo perfecciona en cuanto hombre, sobre todo las manifestaciones de la vida del espíritu. Como miembros de esta particular familia religiosa a nosotros nos toca **llevar la gracia a cada actividad del hombre**, sin excluir

³ *Constituciones*, [4]. Cf. *Constituciones*, [20] y [23]; *Directorio de vida consagrada*, 3. 74. 224. 227-229. 279. 334-335. 367. 407; *Directorio de vida contemplativa*, 5; *Directorio de Rama oriental*, 93; *Directorio de Tercera orden*, 18.

⁴ *Carta circular 17/2017*, 1 de diciembre de 2017, 5.

⁵ *Carta 38/2019*, 1 de septiembre de 2019, 6-7.

ninguna, para que en todas las actividades del hombre reine Cristo, el Verbo Encarnado. Respecto a esto, es esencial el célebre principio de los Padres de la Iglesia, utilizado por San Ireneo de Lyon, pero no solamente, y citado en el Concilio Vaticano II, en el Decreto *Ad gentes*, nº 3: “no está sanado lo que no ha sido asumido por Cristo”. El principio hace referencia a la naturaleza humana del Verbo Encarnado, que es perfectísima (Él es perfecto hombre) y fue asumida por el Verbo así, en su perfección e integridad, para ser completamente redimida. De modo que todo aquello que es auténticamente humano ha sido asumido por Dios en la Encarnación del Verbo. Del mismo modo tenemos que actuar nosotros, primero sobre nosotros mismos, **dejándonos transformar por la gracia**, pero después también llevando el evangelio, que es justamente la vida de la gracia de Dios, a todos los hombres, sin excluir a nadie, a todo el hombre, sin excluir nada, y a todas las manifestaciones de la vida del hombre. Citando a S. Juan Pablo II nuestro derecho propio dice: “Se ha de llevar adelante una renovada pastoral de la cultura, pues la cultura constituye el lugar de encuentro privilegiado con el mensaje de Cristo. Pues ‘una fe que no se convierte en cultura es una fe no acogida en plenitud, no pensada en su totalidad, no vivida con fidelidad’ [SAN JUAN PABLO II, *Carta autógrafa por la que se instituye el Consejo pontificio de la Cultura*, 20 de mayo de 1982]” (*Directorio de evangelización de la cultura*, 241)»⁶.

Der esta relación esencial con el misterio del verbo Encarnado, se sigue la importancia y urgencia del trabajo de la evangelización, ya que no de otra forma se ganan las culturas para nuestro Señor Jesucristo: «El fundamento y el modelo de la inculturación es el misterio de la Encarnación del Verbo de Dios, porque en este misterio se salvaguardan la naturaleza divina y la naturaleza humana, con su respectiva autonomía, y a la vez se manifiesta el vínculo único que las pone en recíproca relación sin confusión [cf. *FR*, 80]. Análogamente, mediante la tarea de la inculturación, “el Evangelio penetra vitalmente en las culturas, se encarna en ellas” [*PDV*, 55]. Es decir, el Evangelio mediante la inculturación entra en una profunda comunión con las culturas, mediante una relación recíproca que sin confusión, en el respeto de su respectiva autonomía, al mismo tiempo asume y transforma con su fuerza divina todos los valores auténticamente humanos presentes en las culturas, logrando de este modo **un vínculo único y una síntesis vital** que enriquece y perfecciona las culturas a la vez que también a la Iglesia mediante nuevas expresiones culturales de su único mensaje evangélico.

Podemos aún señalar que así como el Verbo asumió la naturaleza humana en su única persona divina –unión de asunción que deja íntegra la naturaleza humana de Cristo a la vez que la eleva a la dignidad de ser la naturaleza humana de la persona divina del Verbo–, de modo análogo el Evangelio asume las culturas que deben ser evangelizadas, las cuales permaneciendo íntegras en sus propios valores culturales, al mismo tiempo se consolidan, renuevan y perfeccionan con las riquezas de la gracia de Cristo y de la buena nueva del Evangelio. “No nos basta con una mera unión y... con sólo poner una etiqueta nominalista a la realidad, **para que esta sea, de verdad enseñoreada por Cristo**” (*Directorio de espiritualidad*, 65), sino que el Evangelio **debe penetrar en el corazón de la cultura** [cf. *CT*, 53]; “lo que importa es evangelizar –no de una manera decorativa, como con un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces– las culturas del hombre” [*EN*, 20]. Se trata de llevar la buena nueva a los hombres **siguiendo el estilo de la Encarnación: penetrando y transformando “desde dentro”** [*EN*, 18] **la cultura humana**.

⁶ P. RUIZ, GONZALO, IVE, «El carisma del Instituto del Verbo Encarnado», 31 de julio de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell’IVE meeting*, Roma 2019, 164-165.

En conclusión, a partir del fundamento y en analogía con el misterio de la Encarnación, la Iglesia en su misión de evangelizar todos los pueblos ha de esforzarse en la tarea de la inculturación, es decir de la inserción del Evangelio y de la Iglesia en los hombres, sus valores y sus modos de vivir, en una palabra en el corazón de las culturas» (*Directorio de evangelización de la cultura*, 72-74).

Y de aquí se sigue también la necesidad de contar en la evangelización con la inestimable cooperación de los fieles laicos, que siendo partícipes del espíritu del Instituto, comparten también su misión evangelizadora, que nace de vivir y querer reproducir el misterio de Cristo, especialmente en su anonadarse: «... como terciarios de la familia del Verbo Encarnado, la Tercera orden secular compromete todas sus fuerzas para *inculturar* el Evangelio, es decir para prolongar la Encarnación en todo hombre, en todo el hombre y en todas las manifestaciones del hombre, de modo particular mostrando que la Iglesia “tiene una auténtica dimensión secular, inherente a su íntima naturaleza y a su misión, que hunde su raíz en el misterio del Verbo Encarnado y se realiza de formas diversas en todos sus miembros” [SAN PABLO VI, *Discurso a los representantes de Institutos seculares sacerdotales y laicales*, 2 de febrero de 1972]. Para esto busca ordenar los asuntos temporales según Dios [LG, 31], *instaurando todas las cosas en Jesucristo* (Ef 1, 10), haciendo manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de la vida, la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad, iluminando las realidades temporales con las que está estrechamente vinculada, de modo tal que sin cesar se realice y progrese conforme a Cristo y sea para la gloria del Creador y del Redentor» (DTO, 7).

Razón por la cual escribía el padre Nieto a nuestros terciarios: «... ciertamente que la épica aventura de la evangelización no la podemos llevar adelante sólo los religiosos. Por eso Dios, en su Providencia divina, ha querido servirse de almas generosas como las de ustedes que queriendo ser testigos valientes y coherentes del deber y de la misión de evangelización de las culturas aprovechan el magnífico caudal de las obras caritativas del Instituto como medio para mantener encendida y resplandeciente en el mundo la lámpara de la caridad cristiana, porque “la caridad es imprescindible para evangelizar la cultura” (*Const.*, [174]).

De este modo, muchas de nuestras obras (prácticamente todas) en todas partes del mundo se han visto acompañadas desde los inicios por un pequeño grupo de almas escogidas que desinteresadamente nos brindan su ayuda de muy diversos modos. Gracias al aporte de ustedes nuestra acción apostólica cobra gran fuerza y se hace más eficaz. En verdad, mucho de lo que hacemos quizás no se podría hacer sin la ayuda invaluable de tantos de “nuestros” laicos, como nos gusta llamarlos»⁷.

3. Espiritualidad

(fuentes principales: *Directorio de Tercera orden*;

P. FUENTES, MIGUEL Á., IVE, «El misterio de la Encarnación y nuestra época»; conferencia del 30 de julio de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE meeting*, Roma 2019, 145-155).

De lo referido hasta ahora se puede colegir claramente cómo es vital para los miembros de la Familia religiosa del Verbo Encarnado, tanto religiosos como laicos terciarios, el estar espiritualmente «anclados en el misterio sacrosanto de la Encarnación, que es “el misterio primero y

⁷ P. NIETO, GUSTAVO, IVE, *Carta a los miembros de la Tercera orden en la solemnidad de Cristo Rey del Universo*, 25 de noviembre de 2018, 1.

fundamental de Jesucristo” [Juan Pablo II], actualmente presente» (*Directorio de espiritualidad*, 1; DTO, 15).

Así dice el *Directorio de Tercera orden*: «Por eso la Tercera orden secular desea imitar profundamente, en el ámbito que le es propio, al Verbo Encarnado que “quiso participar de la convivencia humana... santificó los vínculos humanos, en primer lugar los familiares, donde tienen su origen las relaciones sociales, sometién dose voluntariamente a las leyes de su patria, quiso llevar la vida de un trabajador de su tiempo y de su región” [ChL, 15]. Ya que “al elegir la vida común de los hombres, el Hijo de Dios confirió a esa vida un nuevo valor, elevándola a las alturas de la vida divina... el Evangelio nos atestigua que el Hijo eterno se identificó plenamente con nuestra condición, viviendo en el mundo su propia consagración. La vida íntegramente humana de Jesús en el mundo es el modelo que inspira la vida de todos los bautizados. Así los terciarios procuran imitar a Cristo con la convicción de que “los laicos pueden **llevar a cabo en su vida la conformación al misterio de la Encarnación**, precisamente mediante el carácter secular de su estado” [SAN JUAN PABLO II, *Catequesis*, 10 de noviembre de 1993]» (DTO, 9).

Toda nuestra misión depende de esta unión y conformación con el misterio de Cristo, ya que, como se veía anteriormente, no hay verdadera evangelización de las culturas que no nazca del misterio de la Encarnación del Verbo. Porque todo pertenece al verbo Encarnado, y vuelve al padre por intermedio de Él. «San Pablo afirma que “Todo fue creado por él y para él” (Col 1,16). Este “Él” se refiere a Jesucristo. Él es el Centro del Universo y de la Historia»⁸.

Así decía en una ocasión el padre Miguel Ángel Fuentes; y más adelante continuaba indicando como esa pertenencia universal a Cristo nos tiene que incluir voluntariamente a nosotros: «Tenemos así dos incisiones, que forman una cruz: una transversal u horizontal; la otra perpendicular o vertical. Cristo está presente en toda la Historia, pero de manera diversa.

Antes de su Encarnación solo estaba *prefigurado* y *profetizado*. Solo se lo podía entrever, vislumbrar, presentir, soñar, desear.

Después de ella está *encarnado*: tiene cuerpo y alma humana. Se lo puede ver, tocar, oír, palpar, besar, abrazar, y también herir, golpear y matar. San Juan apóstol recordaba en su vejez que él y los demás discípulos del Señor habían “tocado” al Verbo de Vida, hecho carne; lo habían visto y oído. Hablaban, por eso, de lo que conocían por propia experiencia.

Pero tanto antes como después de la Encarnación se lo puede *poseer* en el corazón por la fe y el amor; o se lo puede rechazar por la incredulidad, la indiferencia, e incluso el odio.

Estas dos coordenadas nos dan, pues, una situación compleja a la hora de distinguir a los hombres. Están los que vivieron antes y los que vivieron después de la Encarnación y Nacimiento de Cristo. Pero están también los que estuvieron ya unidos a Él por la esperanza y una fe que se manejaba todavía entre nubes y tinieblas, como los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento; y los que están unidos a Él por la fe luminosa del Nuevo Testamento y la caridad ardiente que brota del Corazón eucarístico del Señor. Y están los que rechazaron y mataron a los profetas que les hablaban de ese Mesías-Cristo que iba a venir y profanaban los sacrificios antiguos que lo prefiguraban y desobedecían los mandamientos que preparaban los corazones para poder recibirlo cuando viniera; y están los que ahora le dan la espalda a ese Cristo patentemente presente en sus vidas, ese Cristo que les dice, como dijo a sus adversarios: “vosotros no queréis venir a mí para tener vida (...) [Vosotros] no me aceptáis” (Jn 5, 40.43)»⁹.

⁸ P. FUENTES, MIGUEL Á., IVE, «El misterio de la Encarnación y nuestra época»; 30 de julio de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE meeting*, Roma 2019, 145.

⁹ *Ídem*, 146.

Toda nuestra vida y nuestro apostolado tienen que determinarse de esta manera. Tienen que estar marcadas por la verdad de que *el Verbo se hizo carne* (Jn 1, 14). «El centro de nuestra vida debe ser **Jesucristo**» dicen nuestras *Constituciones*, [12]. «**La Encarnación, pues, es el centro de todo**. Es el ojo de la tormenta. Es el campo de todas las batallas. Es “la bandera de contradicción”, como la llamó Simeón al recibir al Niño de brazos de María. La “piedra de tropiezo”, según las palabras del anciano, en la que se dividen las aguas de los hombres. Unos se levantan sobre ella, y otros tropiezan con ella. Más adelante el mismo Jesús diría: “El que no está conmigo, está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama” (Mt 12, 30). Los ojos de María se nublaron con lágrimas al oír las palabras pronunciadas sobre su Hijo por el viejo Simeón, pero como madre joven y valiente, lo apretó fuerte contra el pecho y se aprestó a ser despreciada con Él y a ser atravesada por la misma espada que se alzaría contra Él. Reina de las Siete Espadas. Corredentora. Escudo del Hijo Encarnado.

Cuando decimos “Encarnación”, decimos que el Verbo de Dios se ha hecho hombre verdadero. Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. La Segunda Persona de la Santísima Trinidad ha asumido una naturaleza humana para ofrecerla en sacrificio voluntario, hasta la última gota de Sangre, por los pecados de los hombres; para que esa Sangre purifique las conciencias de todos los hombres, no importa cuántos ni cuáles pecados hayan cometido. Por tanto, **para redimir a los hombres** de la esclavitud del pecado, del demonio y de la muerte en que sus culpas los han aprisionado»¹⁰.

Del fin redentor y liberador de la Encarnación, se sigue, como señaló el mismo padre Miguel Fuentes, que «la lucha del Verbo Encarnado es propiamente contra el Diablo y contra los que él asocia a sus tropas». Y esto implica ciertamente que el demonio lucha y luchará primeramente con todas sus fuerzas contra la Encarnación y contra quienes quieren hacer de ella el centro de su vida entera y de toda su acción. Y por eso, anclarnos en el misterio de Cristo es tomar una posición de combate espiritual y muchas veces también social y cultural, máxime en el mundo de hoy.

Por lo cual así concluye el padre Fuentes: «Si el rechazo de la Encarnación es el origen de todos estos males, su aceptación lo es de todos los bienes. El Verbo se hizo carne para redimir al hombre y al mundo; asumió una naturaleza como la nuestra para entrar en el mundo como señor y rey, y conquistar todas las cosas. Y las conquista en la medida en que las asume, porque como dice San Gregorio Nacianceno, y con él muchos otros Padres de la Iglesia, lo que no es asumido por Cristo no puede ser salvado. Asumir significa transformar. La Encarnación debe, pues, prolongarse hasta conquistar todas las realidades humanas y todos los hombres y mujeres. La familia, la educación, la cultura, el arte, las costumbres, la política, la economía, la ciencia, el trabajo, la milicia, las ciudades, los pueblos, las relaciones humanas, la justicia, el deporte, la amistad... todo debe ser asumido por el Evangelio de Jesucristo. Esto implica que la tarea de la Encarnación no ha terminado ni puede terminar mientras quede algo por conquistar.

Nosotros **debemos prolongar la Encarnación de Cristo, dejándonos conquistar** por la Persona, la doctrina y la moral de Jesucristo; y **una vez conquistados, debemos conquistar** todo lo que esté a nuestro alrededor. Y no desde afuera, como quien barniza las cosas con un mero lustre cristiano, sino desde adentro, dándole a todas estas cosas una nueva alma: la del Evangelio, que es la fe y la caridad que brotan de Cristo. Mientras las realidades del mundo no sean transformadas, elevadas y perfeccionadas según los principios de Cristo, nada –o poquísimos– se

¹⁰ *Ídem*, 148.

habrá hecho y las semillas de muerte que hemos descrito más arriba amenazarán con dominarnos y dominar el mundo.

Es una gigantesca tarea. Difícil. Pero posible, muy posible. Porque no es obra nuestra sino de Dios. Sabemos que será así. Está profetizado. Al final el Cordero triunfará y hará reinar esa Ciudad suya, fruto de la Encarnación. De ella nos dice el libro sagrado del Apocalipsis que “no habrá en ella maldición alguna; el trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad y los siervos de Dios le darán culto. Verán su rostro y llevarán su nombre en la frente. Noche ya no habrá; no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinarán por los siglos de los siglos” (Ap 22, 3-5).

Pero no todos entrarán en ella, solo “los que laven sus vestiduras [en la Sangre del Cordero], [ellos] podrán disponer del árbol de la Vida y entrarán por las puertas en la Ciudad” (Ap 22,14). Los otros quedarán afuera: “¡Fuera los perros, los hechiceros, los impuros, los asesinos, los idólatras, y todo el que ame y practique la mentira!” (Ap 22,15).

La tarea que tenemos es tratar de convertir a todos y transformar todo para que la Ciudad de Dios, el Cielo de los bienaventurados, esté abarrotado de todos los que vino a salvar el Verbo que por nosotros y ellos se hizo carne.

Esta es la misión, el objetivo, la labor para la que hemos sido llamados a esta familia religiosa, como consagrados o como laicos, como individuos y como familias.

Dios nos dé a todos la gracia de acompañarlo hasta el fin en esta empresa divina»¹¹.

¹¹ *Ídem*, 154-155.

Introducción: el elemento esencial

En la primera charla se dejó en claro que el Instituto del Verbo Encarnado tiene como carisma el evangelizar la cultura, reproduciendo en todo lo auténticamente humano el misterio de Jesucristo. Esto es el núcleo de nuestro estilo propio de santidad y ; es el alma de nuestra misión; es lo que el padre Buela ha llamado el «elemento esencial» (*Juan Pablo Magno*, IVE Press, Nueva York, 518) de nuestro carisma, y que se encuentra plenamente expresado en los nn. [30-31] de nuestras *Constituciones*: «Por el carisma propio del Instituto, todos sus miembros deben trabajar, en suma docilidad al Espíritu Santo y dentro de la impronta de María, a fin de **enseñorear para Jesucristo todo lo auténticamente humano**, aún en las situaciones más difíciles y en las condiciones más adversas.

Es decir, es la gracia de saber cómo obrar, en concreto, para prolongar a Cristo en las familias, en la educación, en los medios de comunicación, en los hombres de pensamiento y en toda otra legítima manifestación de la vida del hombre. Es el don de hacer que cada hombre sea “como **una nueva Encarnación del Verbo**” [SANTA ISABEL DE LA TRINIDAD, *Elevaciones*, n. 33], siendo esencialmente misioneros y marianos».

Al respecto de esto, durante el V Capítulo general de nuestro Instituto, en 2007, se estableció lo siguiente: «Si consideramos la *finalidad* del Instituto –que es prolongar la Encarnación– es claro que ninguna obra de apostolado nos es ajena. Y por eso algo propio nuestro es haber repropuesto obras que son también de otras congregaciones, como los Ejercicios Espirituales, los oratorios, las misiones, etc. En nuestro apostolado no hay nada que sea estrictamente nuevo, sino que hacemos lo de siempre. Pero lo propio nuestro está en la focalización en el misterio de la Encarnación: así como el Verbo, al asumir la naturaleza humana, se unió en cierto modo a todo hombre, así también nosotros queremos hacer también en nuestra vida y en nuestros apostolados, de tal suerte que ninguna obra de apostolado nos es ajena, precisamente porque nada de lo auténticamente humano nos es ajeno. En efecto, lo que no es asumido no es redimido, como dice San Ireneo. Más aún, hay algo que ha de caracterizarnos respecto del *modo propio* de hacer las obras de apostolado. En este sentido, se puede decir que en el carisma, como en todas las cosas, hay elementos materiales y formales. Los materiales incluyen las obras de apostolado, que tienen una finalidad propia, pero que no son el carisma. **Lo formal es el modo propio, el estilo propio como nosotros los llevamos a cabo**» (*Notas del V Capítulo general*, 8).

Este modo o estilo propio nuestro es el «estilo» de Jesucristo, como se dice en las *Constituciones*, [216]; es el estilo del anonadamiento en su Encarnación redentora. Ha escrito el padre Nieto sobre esto: «Este modo propio, en su aspecto formal, conlleva en sí ciertas actitudes interiores que son distintivas de nuestro modo de proceder. De entre las muchas que el derecho propio menciona, quisiera destacar principalísimamente que “toda nuestra actividad apostólica debe estar animada por la unión con Cristo” [*Directorio de vida consagrada*, 259]»¹². Y a su vez, decía el padre Gonzalo Ruiz: «... todo aquello que es auténticamente humano ha sido asumido por Dios en la Encarnación del Verbo. Del mismo modo tenemos que actuar nosotros, primero sobre nosotros mismos, dejándonos transformar por la gracia, pero después también llevando el

¹² *Carta circular 14/2017*, 1 de septiembre de 2017, 5.

evangelio, que es justamente la vida de la gracia de Dios, a todos los hombres, sin excluir a nadie, a todo el hombre, sin excluir nada, y a todas las manifestaciones de la vida del hombre [...]

Por ello, tenemos que llevar la novedad de Cristo no solamente a los hombres en singular, sino también a la sociedad civil, donde Él tiene que reinar. La vida social de hecho es natural al hombre, que es un “animal social”, como ya lo definía Aristóteles [*Política*, I, 1253]. Un ser, es decir, que vive en sociedad.

Es un gran daño para cada hombre en particular que el cristianismo sea limitado solo al ámbito privado, a las sacristías. Cristo tiene que reinar y por ello deben estar impregnados de los valores evangélicos las sociedades intermedias (escuelas, municipios, club, asociaciones, etc.) y el estado mismo que, si bien tiene sus fines propios que tienen que ser razonables, es decir, conformes a la naturaleza humana (a la ley natural), tiene que estar también subordinado al orden sobrenatural en cuanto los ciudadanos están destinados a alcanzar su perfección y salvar sus almas.

Citando a San Juan Pablo II se dice en nuestro derecho propio: “Precisamente **el fundamento de la evangelización de la cultura es el misterio del Verbo Encarnado**. ‘El término aculturación o inculturación, por muy neologismo que sea, expresa de maravilla uno de los elementos del gran misterio de la Encarnación’ [*Discurso a la Pontificia comisión bíblica*, 26 de abril de 1979]” (*Directorio de vida consagrada*, 336).

Así el misterio de la Encarnación ilumina toda nuestra espiritualidad y actividad. Dice nuestro derecho propio que ante la humanidad de Jesús nosotros tenemos que intentar “practicar con intensidad las virtudes del anonadamiento: humildad, justicia, sacrificio, pobreza, dolor, obediencia, amor misericordioso..., en una palabra; tomar la cruz’ (*Constituciones*, [11]) [...] Es decir, en el marco del anonadamiento de Cristo en su encarnación redentora: ‘Su fidelidad al único Amor (de la persona consagrada) se manifiesta y se fortalece en la humildad de una vida oculta, en la aceptación de los sufrimientos para completar lo que en la propia carne falta a las tribulaciones de Cristo (Col 1, 24), en el sacrificio silencioso, en el abandono a la santa voluntad de Dios, en la serena fidelidad incluso ante el declive de las fuerzas y del propio ascendiente. De la fidelidad a Dios nace también la entrega al prójimo’ [SAN JUAN PABLO II, *Vita consecrata*, 24]” (*Directorio de vida consagrada*, 225)»¹³.

Y por eso, desde la Encarnación, nosotros «queremos lanzarnos osadamente a *restaurar todas las cosas en Cristo* (Ef 1,10)» (*Directorio de espiritualidad*, 1). Es decir, que queremos trabajar para informar con el misterio de Cristo toda nuestra actividad apostólica. Y en este sentido es que, desde el V Capítulo general del Instituto, se enumeran una serie de elementos adjuntos al carisma, que no son negociables si es que se quiere ser fieles a él, y que se han definido como «realidades vividas desde los inicios, que de alguna manera nos han distinguido y que, al parecer del P. Buela, pertenecen al carisma de nuestra Familia religiosa. Se trata de elementos que dan frutos sobrenaturales, que son contracorriente –por lo cual provocan muchas veces rechazo–, y que nos han permitido presentar un cristianismo vivo que se contra distingue del mundo y han sido fuente de vocaciones» (*Notas del V Capítulo general*, 4); «... son como las insignias que deben relucir en la vida y en las obras de todos aquellos que quieran identificarse con nosotros, dondequiera que se encuentren. Porque al decir no negociables queremos decir que son esencialmente integrales a nuestro carisma, a nuestra espiritualidad, a nuestra razón de ser. De modo

¹³ P. RUIZ, GONZALO, IVE, «El carisma del Instituto del Verbo Encarnado», 31 de julio de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell’IVE meeting*, Roma 2019, 165-166.

tal, que si prescindieramos de ellos, estaríamos renunciando a la misión que nos ha sido encomendada, deformando nuestra identidad y, muy probablemente, sometiéndonos al *espíritu del mundo* (cf. 1Cor 2, 12), traicionando con ello la preciosa amistad a la que nos ha llamado Cristo.

Por otro lado, si estos elementos son potenciados en su justa medida van a seguir siendo fuente de gran fecundidad sobrenatural para nuestra Familia religiosa. Porque le dan a nuestra misión en la Iglesia una injerencia, una fuerza y una efectividad incalculable»¹⁴.

Estos elementos, como ha señalado el padre Gonzalo Ruiz, «tienen que ser vividos por todos, pero por cada uno según el propio estado. En plenitud o totalidad son vividos por los religiosos que han hecho la profesión de votos justamente para imitar la vida de Jesús, el Verbo Encarnado. Pero en parte, es decir, de modo participado, tienen que ser vividos por los miembros de la Tercera Orden»¹⁵.

Y por eso es importante que los que van a ser su ingreso en la tercera orden del Verbo Encarnado los conozcan.

Elementos no negociables

(fuentes principales: *Notas del V Capítulo general del Instituto del Verbo Encarnado*;

P. BUELA, CARLOS M., IVE, *Juan Pablo Magno*, IVE Press, Nueva York 2011, 517-540;

P. RUIZ, GONZALO, IVE, «El carisma del Instituto del Verbo Encarnado»; conferencia del 31 de julio de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE meeting*, Roma 2019, 157-178;

P. NIETO, GUSTAVO, IVE, «Homilía en la Santa Misa conclusiva del IVE Meeting»; 3 de agosto de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE meeting*, Roma 2019, 241-246).

Marcada devoción eucarística

Así lo dicen las *Notas del V Capítulo general*: «Hemos de caracterizarnos por la importancia que se le debe dar a la celebración de la santa Misa, así como por el modo reverente de celebrarla. Por eso el énfasis que se le debe dar a la vida litúrgica en el Instituto. Asimismo, es una característica nuestra la marcada devoción eucarística» (nn. 13-14). Para los religiosos sacerdotes, es una obligación que se sigue de este elemento el ser maestros en el *ars celebrandi*, mientras que los religiosos que no son sacerdotes, las religiosas y los laicos de nuestra Familia religiosa «tienen que esforzarse en vivir siempre de modo más perfecto el *ars participandi*» (P. BUELA, C., *Juan Pablo Magno*, 521).

Nuestras *Constituciones* hablan de esta devoción eucarística especial: «Queremos amar y servir, y hacer amar y hacer servir a Jesucristo: a su Cuerpo y a su Espíritu. Tanto al Cuerpo físico de Cristo en la Eucaristía, cuanto al Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia» [7]; «Íntimamente unido al *misterio de la piedad, que se ha manifestado en carne* (1Tim 3,16) y, por tanto, a nuestro amor, están las tres cosas blancas de la Iglesia: la Eucaristía que prolonga, por obra del sacerdocio católico, la Encarnación bajo las especies de pan y vino; la Santísima Virgen María, que dio el sí para que de su carne y sangre el Verbo se hiciera carne (cf. Jn 1, 14); y el Papa, presencia encarnatoria de la Verdad, de la Voluntad y de la Santidad de Cristo» [12].

¹⁴ P. NIETO, GUSTAVO, IVE, «Homilía en la Santa Misa conclusiva del IVE Meeting»; 3 de agosto de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE meeting*, Roma 2019, 242.

¹⁵ P. RUIZ, GONZALO, IVE, «El carisma del Instituto del Verbo Encarnado», 31 de julio de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE meeting*, Roma 2019, 166-167.

Cuando se habla de la vida de oración esta devoción manifiesta toda la fuerza que tiene para nosotros. Allí se dice primero: «Lo principal, lo más importante que debemos hacer cada día, es participar del Santo Sacrificio de la Misa. Es el acto principal de culto, el sacrificio de alabanza que da a Dios gloria infinita. En ella Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, perpetúa en los altares de todo el mundo su Sacrificio redentor, de manera que los efectos de su Pasión alcancen a todos los hombres de todos los tiempos. La Santa Misa es el acto litúrgico por excelencia, y “la liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza” [*Sacrosantum Concilium*, 10], de ella “deriva hacia nosotros la gracia... y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin” [*Ibidem*]» [*Constituciones*, 137]. Y luego: «En especial, debemos tratar de mantener la exposición y adoración del Santísimo Sacramento durante una hora diaria —en la medida de las posibilidades—, así como la Adoración Perpetua en cada Provincia y distributivamente en cada Casa, puesto que adorar al Santísimo Sacramento es “el acto más excelente, pues comparte la vida de María en la tierra, cuando le adoraba en su seno virginal, en el pesebre, en la Cruz o en la divina Eucaristía. El acto más santo, ya que es éste el ejercicio perfecto de todas las virtudes: fe, la cual es perfecta y completa cuando adora a Jesucristo oculto, velado y como anonadado en la Sacratísima Hostia; esperanza, ya que para que pudiésemos esperar pacientemente el cielo de la gloria, y para conducirnos a él, creó Jesucristo el hermoso cielo de la Eucaristía; caridad, pues como el amor es toda la ley, toda ella se cumple al adorar a nuestro Dios y Señor en el Santísimo Sacramento con toda la mente, todo el corazón, toda el alma y con todas las fuerzas; adorando también se puede practicar la caridad perfecta para con el prójimo, orando por él e implorando en su favor las gracias y misericordias del Salvador. El acto más justo: adoramos a Jesucristo por aquellos que no le adoran, le abandonan, le olvidan, le menosprecian y le ofenden”¹⁶» [139].

El *Directorio de vida litúrgica* dice, citando por dos veces a san Juan Pablo II: «Nuestras liturgias deben ser vívidas y vividas. Vívidas, o sea, vivaces, con fuerza, eficaces, brillantes. Vividas, es decir, que tengan vida, que sean una inmediata experiencia de Cristo sacramentado. En efecto, “la liturgia debe fomentar el sentido de lo sagrado y hacerlo resplandecer. Debe estar imbuida del espíritu de reverencia y de glorificación de Dios” [SAN JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes en el Jueves santo de 1986*, 8]» (n. 4); «La participación de todos los bautizados en el único sacerdocio de Jesucristo es la clave para comprender la exhortación del Concilio a “la participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas” [SAN JUAN PABLO II, *Discurso a los obispos de Estados Unidos*, 9 de octubre de 1998]» (n. 25).

Y siguiendo nuestro *Directorio de espiritualidad* (nn. 294-302), dice en concreto para nuestros terciarios el *Directorio de Tercera orden*: «La comunión eclesial tiene su raíz y su centro en la Sagrada Eucaristía. Ella es fuente y fuerza creadora de comunión entre los miembros de la Iglesia porque une a cada uno con el mismo Cristo: “Participando realmente del Cuerpo del Señor en la fracción del Pan Eucarístico, somos elevados a la comunión con El y entre nosotros, porque el pan es uno, somos uno en un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan (1 Cor 10, 17)” [LG, 7]. En la Eucaristía “todo el bien común espiritual de la Iglesia se contiene sustancialmente” [S. Th., III, 65, 3 ad 1], “esto es Cristo” [S. Th., III, 79, 1; cf. *Presbiterorum ordinis*, 5].

La Iglesia es el Cuerpo de Cristo. Esto significa que la Eucaristía, en la que el Señor entrega su Cuerpo y nos transforma en un solo Cuerpo [cf. LG, 3. 11], es el lugar donde permanentemente la Iglesia se expresa en su forma más esencial: presente en todas partes y al mismo tiempo una, así como uno es Cristo.

¹⁶ SAN PEDRO JULIÁN EYMARD, *Obras eucarísticas*, Ed. Eucaristía, 1963, 763-764.

En la Eucaristía todo fiel se encuentra en su Iglesia, ya que en toda válida celebración de la Eucaristía se hace presente la Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica, y esto más allá de que pertenezca o no, desde el punto de vista canónico, a la diócesis, parroquia u otra comunidad particular donde se realice la celebración.

La comunión de las Iglesias particulares en la Iglesia universal –además de la fe, bautismo y Episcopado– está fundamentada sobre todo en la Eucaristía. Porque el sacrificio eucarístico nunca es de esa sola comunidad, al recibir con el Señor el don completo de la salvación, manifestándose así –más allá de su particularidad visible– como imagen y verdadera presencia de la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica [cf. *LG*, 26].

La unicidad e indivisibilidad del Cuerpo eucarístico del Señor implica la unicidad e indivisibilidad del Cuerpo místico del Señor. De cada Eucaristía surge el entregarse al Señor insertándose en su Cuerpo uno e indiviso. Por esto, el ministerio petrino, fundamento de la unidad del Episcopado y de la Iglesia universal, se corresponde profundamente con la dimensión eucarística de la Iglesia.

La unidad de la Eucaristía y la unidad del Episcopado “con Pedro y bajo Pedro” [Decr. *Ad gentes*, 38], no son raíces independientes de la unidad de la Iglesia, porque por institución del mismo Cristo, Eucaristía y Episcopado son realidades esencialmente vinculadas [cf. *LG*, 26]. Uno es el Episcopado, como uno es el Sacrificio del único Señor. La liturgia manifiesta esta realidad, ya que toda Eucaristía se realiza en unión con el propio Obispo, con el Papa, con el Episcopado universal, con el clero y con todos los miembros del Pueblo de Dios [cf. *Misal romano*, “Plegaria eucarística III”]. Toda válida celebración de la Eucaristía expresa esta comunión universal con Pedro y con la Iglesia entera, o la reclaman objetivamente, como las Iglesias separadas de Roma.

Siendo esto así, el fundamento más profundo de nuestra unidad con todos los cristianos, en particular con los demás miembros de nuestra familia del Verbo Encarnado, lo encontraremos siempre en la Eucaristía, que perpetúa el sacrificio de la Cruz. Ella **debe ser uno de nuestros grandes amores, ya que es el signo inequívoco del amor sin medida de Dios a los hombres, de Dios que quiere quedarse entre los hombres, de Dios que se entrega totalmente al hombre:** “En la Eucaristía, la lógica de la Encarnación alcanza sus extremas consecuencias” [JUAN PABLO II, *Alocución dominical*; OR (26/07/1981), 2]» (nn. 302-308).

Eco de todo lo cual es el párrafo que al respecto les dedicó el padre Nieto a los terciarios nuestros en la clausura del IVE Meeting: «La Eucaristía donde Cristo está real y sacramentalmente presente debe ser siempre el centro de nuestra vida espiritual y apostólica. Cada uno de Ustedes debe ser adorador de Cristo en la Eucaristía y promotor de la adoración eucarística, de la Santa Misa. Pues precisamente nuestro obrar debe dirigirse a atraer a las almas a Él. Pero no sólo eso, sino que todos nuestros laicos deben esforzarse por participar cada vez más perfectamente de la misa, esto es: más plenamente, más activamente, mas conscientemente. Debe ser una participación piadosa, que eleve el alma hacia Dios; debe ser con toda el alma, con todo nuestro ser [cf. P. BUELA, C., IVE, *Ars participandi*, cap. 2]»¹⁷.

Una espiritualidad seria

En el Capítulo general del 2007, se dijo que uno de esos elementos que se han vivido desde los inicios y que se consideran adjuntos al carisma, es que queremos vivir «una espiritualidad

¹⁷ P. NIETO, GUSTAVO, IVE, «Homilía en la Santa Misa conclusiva del IVE Meeting»; 3 de agosto de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Acti dell'IVE meeting*, Roma 2019, 242.

seria (“no sensiblera”), como se ve, por ejemplo, en el hecho que practicamos los Ejercicios Espirituales ignacianos» (*Notas*, 5). Sobre lo cual más tarde decía el padre Buela: «Nuestra espiritualidad debe trascender lo meramente sensible, nuestros religiosos deben estar dispuestos a pasar por las “noches oscuras”» [*Juan Pablo Magno*, 523].

Es un eco de lo que nos enseñan ya las *Constituciones*, [212]: «Queremos formar hombres virtuosos (de “vir” y de “vis”: que tengan la fuerza del varón) según la doctrina de los grandes maestros de la vida espiritual, en especial: San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola, San Luis María Grignon de Montfort, Santa Teresa del Niño Jesús, de todos los santos de todos los tiempos que la Iglesia propone como ejemplares para que imitemos sus virtudes». En el *Directorio de espiritualidad*, 42, se advierte, principalmente a los religiosos, que se debe formar parte del Instituto «de modo tal que estemos firmemente resueltos a alcanzar la santidad. Un religioso que no esté dispuesto a pasar por la segunda y la tercera conversión, o que no haga nada en concreto para lograrlo, aunque esté con el cuerpo con nosotros no pertenece a nuestra familia espiritual. Debemos tener “una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella (la santidad), venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmure, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo...” [SANTA TERESA, *Camino de perfección*, 21, 1]». Y, por su parte, dice el DTO, 556: «La madurez espiritual será el fruto de una dirección espiritual seria, de la práctica de ejercicios espirituales y de la participación de grupos de formación y de apostolados, donde uno pueda volcar toda la riqueza que haya adquirido con la ayuda del Señor».

En una de sus *Cartas* a todo el Instituto explicaba el padre Nieto un poco más el concepto de espiritualidad seria que queremos vivir. En esa ocasión hacía especial hincapié en el magisterio de san Juan de la Cruz, uno de los maestros espirituales que nos gloriamos de tener: «La nuestra quiere ser, sin duda, una “espiritualidad seria”, no falta de alegría ni aburrida, sino *seria* porque está **abierta a la trascendencia**, y nos hace tender a ella aun en medio de las dificultades de la vida, porque entiende que “todo lo mejor de acá, comparado con aquellos bienes eternos para que somos criados, es feo y amargo” [SAN JUAN DE LA CRUZ, *Carta*, febrero de 1589]. *Seria* porque buscamos dar primacía a la **vida de oración**, porque sabemos que “no trabajamos por cosas efímeras o pasajeras, sino por ‘la obra más divina entre las divinas que es la salvación de las almas’” (*Directorio de espiritualidad*, 321) y la oración viene a ser para nosotros el alma de nuestra vida religiosa y apostólica. *Seria* porque se nos manda ser “maestros de la oración” y se nos urge a aprender del gran Doctor de la Iglesia san Juan de la Cruz. *Seria* porque está anclada en la sólida doctrina enseñada a lo largo de los siglos por nuestra Santa Madre Iglesia, que quiso hacer de las enseñanzas sanjuanistas una de sus páginas más bellas. Y aunque muchas almas amigas de dulzuras y consuelos no quieran leer a san Juan de la Cruz y se llenen la cabeza con autores más flojos, nosotros preferimos el “pan duro” de la doctrina radical sanjuanista, porque “es el que Dios da ordinariamente a los que quiere llevar adelante” [SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo*, libro III, cap. 28, 7]. Pues que el Mismo que nos dijo: *Sígueme* (Mc 10, 21) fue quien asoció a su llamado el báculo de la cruz.

La nuestra quiere ser una “espiritualidad seria” porque a partir de la fe viva y vigorosa que busca infundir en nosotros nos hace capaces de juzgarlo todo desde la trascendencia, y nos da esa visión providencial de toda la vida con la cual valoramos todo desde Dios y en orden a Dios. Ciertamente esto nace de la oración, pero se traduce en obras concretas de exigencia religiosa, como veíamos al principio. El desprendimiento total y completo, efectivo y afectivo, de todo aquello que no es Dios, y la pérdida del miedo de “quedarse sin nada”, en el orden que sea, son

elementos que nos caracterizan, y que encuentran su expresión desde la letra y ejemplo de san Juan de la Cruz.

La nuestra creemos que es una “espiritualidad seria” porque imprime a fuego en nuestras almas **el amor por la cruz**, que debe motivarnos a elegirla siempre, con preferencia de cualquier otro medio. La cruz no solamente aceptada, sino positiva y directamente preferida y abrazada. Esa cruz desnuda que constituye el *Aviso* y la *Cautela* por excelencia de san Juan de la Cruz, que es el alma y hasta el cuerpo de toda su obra, escrita y vivida, y que está inserta en el núcleo esencial del carisma del Instituto, por lo que no se la puede considerar algo añadido a él, sino una realidad que lo conforma internamente. Esa cruz la aprendemos de Cristo, y también de san Juan de la Cruz, porque la mayor cantidad de citas que de él trae el derecho propio conducen específicamente a fijarnos en ella. Es más, en mi humilde entender, pienso que lo que más nos une a san Juan de la Cruz es esa “locura de la cruz”, que lo hace nuestro maestro a la hora de aprender la ciencia de la cruz, y en ella a Cristo crucificado, fuera del cual nada debemos querer saber»¹⁸.

El mismo padre Nieto decía a los participantes del IVE Meeting, haciendo más referencia al aspecto ignaciano de nuestra espiritualidad, aspecto que se concreta de forma peculiar por la práctica y promoción de los Ejercicios Espirituales: «La Iglesia recomienda muchísimo la práctica de estos ejercicios a todos los cristianos para ordenar la propia vida según Dios: ¡vuélvanse apóstoles de los Ejercicios Espirituales! invitando a otros a hacerlos, colaborando en la manera que puedan y les permitan sus obligaciones con estos Ejercicios, recen por sus frutos». Y concluía: «Pero también esta espiritualidad seria se manifiesta en que nosotros nos formamos según la doctrina de los grandes maestros de la vida espiritual, no en espiritualidades vacías, atrayentes sólo porque están de moda. Por eso, conviene ¡y mucho! aprovechar el formarse bien y saber que **no hay mejor escuela que la escuela de la Cruz**».

Docilidad al Magisterio

La Familia religiosa del verbo Encarnado tiene una clara intención de regirse en todo por las enseñanzas del Magisterio vivo de la Iglesia de todos los tiempos. El padre Nieto decía a los terciarios, al finalizar el IVE Meeting, que este es uno de los elementos «hacen referencia a la formación que deseamos para Ustedes y que los debe distinguir de entre los otros»; y les citaba el DTO, 375, donde se indica claramente que los terciarios tienen «la responsabilidad de confesar la fe católica acogiendo y proclamando la verdad sobre Cristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre, en la obediencia al Magisterio de la Iglesia, que la interpreta auténticamente... [y de dar] testimonio de una comunión firme y convencida en filial relación con el Papa, centro perpetuo y visible de unidad de la Iglesia universal, y con el Obispo “principio y fundamento visible de unidad” [LG, 23] en la Iglesia particular, y en la “mutua estima entre todas las formas de apostolado en la Iglesia” [cf. LG, 33]».

Esta docilidad al Magisterio se funda en **un gran amor que queremos tener por la Iglesia** de Cristo, de la cual somos miembros; y en la **fe en las promesas del mismo Señor que la fundó** (cf. Mt 16, 18). Lo cual demostramos con gestos concretos como el envío de muchos sacerdotes a estudiar en Roma, y aprender el «espíritu romano», el cual, como enseñaba san Juan Pablo II, «supone una corona de virtudes: apertura universal, fidelidad al Magisterio, espíritu misionero, longanimidad y magnanimidad» (*Homilía durante el rezo de Vísperas en el Colegio Capránica de Roma*, 21 de enero de 1992, 5. Cit. en *Constituciones*, [265]).

Otra ocasión de mostrar esta adhesión al Papa y a la Iglesia fue el encuentro con la Tercera orden de todo el mundo (IVE Meeting), que tuvo a Roma como sede, lo cual representó «una

¹⁸ P. NIETO, GUSTAVO, IVE, *Carta «San Juan de la Cruz y el Instituto del Verbo Encarnado»*, 14 de diciembre de 2017.

ocasión sin par para testimoniar juntos nuestra perfecta comunión con la Iglesia y confesar que nuestro lema es “con Pedro y bajo Pedro” (DTO, 218) y que no tenemos mayores aspiraciones que la de servir a la propagación del Reino de Cristo (DTO, 236)»¹⁹. En ese contexto, durante la Misa en la misma Basílica de San Pedro, el padre Nieto decía a los terciarios: «De Ustedes, la Iglesia y el Instituto mismo esperan “un testimonio *vivo y candente* de Cristo vivo en su Iglesia, esperan que hablen y obren con el ejemplo, que se caractericen ante los demás por la práctica efectiva de las virtudes cristianas, como hombres y mujeres que llevan a Jesús y a María en la sangre, esperan que se esfuercen en llenar de magnanimidad cristiana su actividad doméstica social y profesional” (DTO, 142).

Es decir, ser un laico del IVE es ser **alguien que ama y sirve de verdad a la Iglesia, trabajando con ahínco por su santificación personal**, luchando por ser “otro Cristo” (cf. DTO, 8)»²⁰.

Ya hemos señalado, al hablar de nuestra devoción eucarística, los pasajes en que el derecho propio refiere el amor que debemos tener a «las tres cosas blancas», una de las cuales es el Papa, en quien se cifra nuestro amor por la Iglesia. Y como a las otras cosas blancas, también el amor al Papa y a la Iglesia nace de nuestra fundación sobre el misterio de la Encarnación del Verbo. Así lo señalaba el padre Diego Pombo: «Así como amamos a Cristo, a su única persona en dos naturalezas, divina y humana, así como amamos a Cristo realmente presente en la Eucaristía, lo amamos también en su Cuerpo Místico, que es la Iglesia»²¹; y el padre Nieto, en una de sus *Cartas circulares*: «nuestro amor y servicio a Jesucristo se identifican con nuestro amor y servicio a la Iglesia»²²; y a los terciarios en San Pedro: «Amor [a Dios y a la Iglesia] en el cual queremos destacarnos manifestando claramente con nuestro testimonio de vida que para nosotros el amor al Verbo Encarnado y a su Iglesia se identifican. Porque el Cuerpo Místico de Cristo es Jesucristo mismo “continuado, difundido y comunicado” (*Directorio de espiritualidad*, 227). Por tanto, no hablamos de dos amores o servicios distintos sino que nuestro amor y servicio a Jesucristo se identifican con nuestro amor y servicio a la Iglesia»²³.

El tomismo

La gracia de seguir decididamente la doctrina de santo Tomás de Aquino, «como manda la Iglesia, y en este marco, a los mejores tomistas, como el p. Cornelio Fabro» (*Notas del V Capítulo general*, 5) es otro de los elementos nuestros, adjuntos a nuestro carisma, que miran directamente a la formación de quienes pertenecemos a esta Familia religiosa.

En una conferencia titulada sugestivamente «El ojo de la tormenta», dada en 1995, y luego reproducida en su libro *El Arte del Padre*, 377-384, el padre Buela explica mucho del sentido que queremos dar a este seguir a santo Tomás de Aquino y a los mejores tomistas, especialmente al padre Fabro. Dice allí, entresacando, que «... hoy no basta con una formación cristiana de barniz, no basta con principios agarrados con alfileres, no basta con repetir de memoria frases hechas de autores ilustres. No alcanza saber metafísica como si fuese un catecismo de primeras nociones a base de preguntas y respuestas que se repiten como los loros. **Es necesario pensar**. [...] es necesaria una **metafísica con garra**, que muerda la realidad y no ocupada en disquisiciones de

¹⁹ P. NIETO, GUSTAVO, IVE, «Prólogo»; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE meeting*, Roma 2019, 131.

²⁰ P. NIETO, GUSTAVO, IVE, «Homilía en San Pedro en el Vaticano», 2 de agosto de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE meeting*, Roma 2019, 238-239.

²¹ P. POMBO, DIEGO, IVE, «El amor por la Iglesia», homilía del 30 de julio de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE meeting*, Roma 2019, 226.

²² *Carta circular 7/2017*, 1 de febrero de 2017, 2.

²³ P. NIETO, GUSTAVO, IVE, «Homilía en San Pedro en el Vaticano», 2 de agosto de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE meeting*, Roma 2019, 237.

estratósfera o en deliquios cerebrales, entretenidos en estimar cuantos ángeles pueden sentarse en la punta de un alfiler. Por eso una de las cosas que nunca dejaremos de agradecer al padre Meinvielle es habernos hecho conocer al padre Cornelio Fabro, a nuestro modo de ver, el conocedor más profundo de Santo Tomás de todos los tiempos. [...]

Sólo el volver a descubrir en plenitud el ser y los primeros principios del ser y del pensar, permite al hombre remontarse válidamente al *mismo Ser Subsistente*, su principio y fin, y el máximo garante de su inalienable libertad. Como dice Fabro: “La crisis actual de la teología, y reflejamente de la Iglesia postconciliar, es de naturaleza metafísica: es el oscurecimiento, si no el rechazo explícito, de la presencia del absoluto en el horizonte de la conciencia del hombre contemporáneo: una crisis que se ha transferido a los teólogos por una ‘colisión de simpatía’, como diría Kierkegaard. Sin la referencia al absoluto no puede existir ningún valor; privado de la referencia metafísica, el sujeto mismo no alcanza a constituirse en un centro operativo responsable, y es trastornado por el juego irracional de las pasiones y de las fuerzas de la historia.

Sin un Dios trascendente, creador del mundo y del hombre, no existe ningún yo como núcleo inquebrantable de libertad. **Sin el Hombre-Dios, redentor y santificador, inmanente en la historia como verdadero hombre y trascendente en la eternidad como verdadero Dios**, según la fórmula calcedoniense, **no existe ninguna esperanza de salvación**. Sin metafísica no existe, pues, teología, no existe un sentido y consistencia de la teología, ya que sin el fundamento absoluto el trabajo teológico se deshace en la precariedad del modo de proceder de las llamadas ‘ciencias humanas’, en la insignificancia de la impresión, del sentimiento, del juego semántico, del énfasis vacío. Sin el absoluto de la metafísica falta al hombre el fundamento de la ‘pietas’, el ánimo se endurece en el orgullo de lo transeúnte y la voluntad se corrompe con la sugestión de los instintos: la revolución como contestación permanente o el suicidio”²⁴.

Por todo esto, estimamos que el Padre Cornelio Fabro se constituyó en el más profundo y científico conocedor de Santo Tomás. Quiera Dios que se cumpla lo que él, en una confianza, nos aseguró: “El próximo milenio será el milenio de Santo Tomás”. De Santo Tomás se dijo que “iluminó más a la Iglesia que todos los otros doctores. En sus libros aprovecha más el hombre en un solo año que en el estudio de los demás durante toda la vida” [Juan XXII]. Porque “por la suma veneración con que honró a los doctores sagrados, recibió en cierto modo el entendimiento de todos ellos” [Card. Cayetano]. Porque “la Iglesia ha proclamado que la doctrina de Santo Tomás es su propia doctrina” [BENEDICTO XV, *Fausto apetente die*]. Y porque Dios ha querido que por la fuerza y la verdad de la doctrina del Doctor Angélico “...todas las herejías y los errores que se siguieran, confundidos y convictos se disiparan...” [SAN PÍO V, *Mirabilis Deus*; cf. LEÓN XIII, *Æterni Patris*]».

En esta misma línea, el padre Nieto decía en Fossanova, en su *Lectio brevis* por el inicio del año académico de nuestras casas de formación en Italia, que «a nosotros no nos compete un tomismo del montón, un tomismo de manual, como el de los que conocen “alguna cosa”, en modo genérico, superficial, epidérmico, y casi siempre impregnado de la escolástica formalista o esencialista, que reemplazó el *esse* con la *existencia*, y de donde surgen “espiritualidades” y “pastorales” formalistas o esencialistas, sin garra e incapaces de morder la realidad. Al contrario, nos empeñamos en adquirir una inteligencia auténticamente metafísica, que haga capaces a nuestros religiosos de conocer la realidad, y de hacer diagnóstico preciso de ella, a fin de aplicarle los remedios convenientes. Es decir, que nosotros tenemos que adquirir una metafísica con “garra”, que muerda la realidad, que sea **eficaz** para la evangelización y la renovación del mundo. Esta metafísica no puede ser sino la del *actus essendi* (*esse ut actus*), la del ser, que es –al decir

²⁴ CORNELIO FABRO, *La aventura de la teología progresista*, Eunsa, 1976, 319-320: «El retorno al fundamento».

de Pablo VI– “la metafísica natural del intelecto humano” [*Alocución al Congreso tomista internacional*, 10 de noviembre de 1965]»²⁵.

A continuación, traía a colación el padre Nieto un importante pasaje de nuestro derecho propio que nos dice: «La enseñanza de la filosofía no debe contentarse con un mero “dictado” de clases sino que, en la medida de las posibilidades del alumnado, debe apuntar a “**hacer filosofar**”, ya que la filosofía se aprende filosofando. Nada más útil para ello que trascender el método manualístico con:

1) El recurso constante a la lectura de las grandes obras filosóficas de la antigüedad (Aristóteles, Platón, Agustín, etc.).

2) El tomismo vivo, que implica:

– el contacto directo con el mismo Aquinate, en sus obras principales y secundarias, analizadas diacrónicamente (en su evolución histórica) y sincrónicamente (en toda la obra);

– llegando así al pensamiento auténtico de santo Tomás;

– y poder pensar desde él, entrando en diálogo y en polémica con los problemas y pensadores contemporáneos;

– tomismo vivo que se contrapone a tomismo formalista y fosilizado.

Es lo que el p. Fabro llama el “tomismo esencial” [AA.VV, *Las razones del Tomismo*, Pamplona 1980].

3) Los grandes comentaristas de santo Tomás: ya sea del pasado (Cayetano, Báñez, Juan de Santo Tomás, etc.) cuanto los modernos, como la monumental obra de Fabro (más importante que los anteriores por cuanto es conocedor de todos ellos y poseedor de textos auténticos y estudios históricos más avanzados sobre el Aquinate, que lo ponen en contacto más puro con el pensamiento original del Angélico).

4) La filosofía moderna: ya que es a los interrogantes y cuestionamientos de los autores modernos que debemos responder. En especial es fundamental conocer críticamente el pensamiento de Kant y Hegel» (*Directorio de formación intelectual*, 56).

Concluimos este punto con la aplicación que hacía a los terciarios de este punto el padre Nieto, invitándolos a en la medida de sus posibilidades, adquirir ellos también una fuerza metafísica que los ayude a transformarse y transformar: «“Porque el bien de la persona consiste en *estar* en la verdad y *realizar* la verdad” (DTO, 497. Cita de san Juan Pablo II). Lejos de nuestros laicos la superficialidad, la vana curiosidad, el enciclopedismo, la erudición vana que busca la extensión pero no la profundidad (cf. DTO, 551). Ustedes deben ser hombres y mujeres que sepan estar a la altura de los acontecimientos, que sepan juzgar las realidades temporales según las verdades sobrenaturales. Es fácil flotar río abajo, sólo los que están bien parados en la verdad y en la sana doctrina pueden resistir a la corriente.

En este sentido, tienen que apuntar a formar la conciencia, pura, sin falsedades y sin justificaciones. Y a serle fiel, ya que por ella se manifiesta la voz de Dios, **actuando siempre con *rectitud de intención*, sin dobleces ni ambigüedades**»²⁶.

²⁵ P. NIETO, GUSTAVO, IVE, «La grazia del tomismo. Perché leggiamo e studiamo Cornelio Fabro», conferencia en Fossanova, Italia, 3 de octubre de 2017; en *Custodite il carisma*, 382-383. [Traducido del italiano]

²⁶ P. NIETO, GUSTAVO, IVE, «Homilía en la Santa Misa conclusiva del IVE Meeting»; 3 de agosto de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell’IVE meeting*, Roma 2019, 244.

La creatividad apostólica y misionera

El ser creativos en nuestra misión y nuestro apostolado es un elemento adjunto a nuestro carisma que se funda en la realidad de que «lo único auténticamente nuevo que ha habido, hay y habrá en el mundo es Jesucristo, que “al darse a sí mismo, ha dado novedad a todas las cosas” [SAN IRENEO, *Adversus hæreses*, IV, 34, 1]» (*Directorio de espiritualidad*, 201). Pues, como se indicó más arriba, «en nuestro apostolado no hay nada que sea estrictamente nuevo, sino que hacemos lo de siempre. Pero lo propio nuestro está en la focalización en el misterio de la Encarnación» (*Notas del V Capítulo general*, 8). Y en este sentido, creemos que siempre debe acompañar a nuestras obras una gran creatividad, que nos permita conocer los *nuevos* problemas de los hombres como ídolos nuevos con malicia vieja (cf. *Constituciones*, [11]), y darles también soluciones *nuevas*, que se funden y enraícen en el misterio de Cristo, que es el mismo «hoy, ayer y para siempre» (cf. Heb 13, 8), mientras hace «nuevas todas las cosas» (cf. Ap 21, 5).

Esto se halla presente en el derecho propio de muchas maneras, como por ejemplo en el DTO, 383, donde se dice: «Debemos acogernos de una manera particular al pedido del Papa Juan Pablo II de “que los fieles laicos estén presentes, con **la insignia de la valentía y de la creatividad intelectual**, en los puestos privilegiados de la cultura, como son el mundo de la escuela y de la universidad, los ambientes de investigación científica y técnica, los lugares de la creación artística y de la reflexión humanista” [ChL, 44] llevando a cada campo peculiar *mediante las riquezas originales del Evangelio y de la Fe*, la Redención obrada por Jesucristo». «No se puede ser apóstol sin ser creativo, y sin ser creativo no se puede ser misionero», dice, por su parte, el padre Buela (*Ars participandi*, cap. 10, 2, c, 1).

Para adquirir esa creatividad propia nuestra en la labor apostólica y misionera es preciso primero hacerse muy dócil a las inspiraciones del Espíritu Santo, cuyo primer fruto es la intimidad con Jesucristo que llama y envía. Así lo decía el padre Gustavo Nieto: «... es imperativo que nosotros, misioneros del Verbo Encarnado, nos dejemos guiar por el Espíritu, vivamos el misterio de Cristo enviado y amemos a la Iglesia y a los hombres como Jesús los ha amado [cf. *Redemptoris missio*, 87-89].

Por eso se nos señala como parte de la espiritualidad propia del ser misioneros, la aceptación y el compromiso de “dejarse plasmar interiormente por Él, para hacerse cada vez más semejantes a Cristo” (*Directorio de misiones «ad gentes»*, 161) y a “acoger **los dones de fortaleza y discernimiento**, que son rasgos esenciales de la espiritualidad misionera” (*Ibidem*). Porque “no se puede dar testimonio de Cristo sin reflejar su imagen, la cual se hace viva en nosotros por la gracia y por la obra del Espíritu” [*Redemptoris missio*, 87]. La misión hoy, como en tiempos apostólicos, sigue siendo “difícil y compleja” [*Ibidem*], por eso es absolutamente necesario que nos mantengamos en íntima unión con Jesús Crucificado, animados por el Espíritu Santo, fundamental y principalmente por medio de la oración. [...]

De aquí que antes de enviarnos, Cristo nos llama hacia sí; y si día a día lo buscamos en la oración no nos faltarán ni las fuerzas ni la creatividad ni el empeño para buscar espacios de presencia, de testimonio y de servicio apostólico y ganas de seguir siempre adelante en la tarea misional»²⁷.

En definitiva, la creatividad apostólica y misionera nace de la caridad sobrenatural, y por eso de la unión con Dios y de la fe en la redención universal de Cristo. Y de aquí que se diga en el DTO, 437: «“El celo nace del amor” [San Agustín], de aquí que necesariamente el amor a Dios se debe verificar en el celo por la salvación de los hermanos ya que “no hay cosa más cara a Dios

²⁷ P. NIETO, GUSTAVO, IVE, *Carta circular 12/2017*, Roma, Italia, 1 de julio de 2017, 3-4.

que la salvación de las almas” [San Juan Crisóstomo]. Es imposible amar a Dios sin sentir arder en las propias entrañas el fuego del apostolado. Un amor de Dios que permaneciera indiferente a las inquietudes apostólicas sería completamente falso e ilusorio. Nuestro afán, el de todos los miembros de esta orden, es el de Santa Teresita: “Una sola cosa deseo, hacer amar a Dios”».

Un gran ejemplo de esto, de parte de los fieles laicos, es el apostolado que realizan calladamente las madres y mujeres de las llamadas 40 horas (40horas.org), a las cuales les escribió en una ocasión el padre Nieto: «Gracias a todas porque con gran amor y en medio del trabajo y del quehacer diario y sin importar el lugar donde se encontrasen, han hecho llegar su ruego al Corazón mismo del Verbo Encarnado colaborando así con su misión redentora. Gracias a sus ruegos cuántas almas débiles se han visto fortalecidas, cuántas tentaciones han sido ahuyentadas, cuántas persecuciones extinguidas, cuánto apoyo para el misionero que de otro modo se desalentaría, cuántos ímpetus renovados y magnánimos para las almas firmes y fieles. Por todo esto y por tantísimo más que vuestro amor de madre les inspira a obrar por nosotros»²⁸.

De dónde decía a todos los laicos el mismo padre Nieto, al finalizar el IVE Meeting: « Y la caridad es creativa, es difusiva de sí y no desperdicia ocasión ni se ahorra esfuerzo para hacer el bien. Por eso yo quiero invitarlos a todos personalmente a involucrase intensamente, creativamente en la aventura misionera. Que nadie vuelva a su casa sin estar resuelto a hacer algo más por la misión»²⁹.

La alegría

Los padres del V Capítulo general mencionaban como un elemento propio nuestro «la fuerte vida comunitaria y el ambiente de alegría» (*Notas*, 5). Y el padre Buela decía luego al respecto que «la alegría es algo que ha caracterizado nuestro modo de vivir desde los inicios y por eso está muy presente sea en las *Constituciones* que en el *Directorio de espiritualidad*» [*Juan Pablo Magno*, 530].

Uno de los textos más claros de nuestro derecho propio sobre las fuentes de donde ha de nacer esta alegría es el que dice extensamente así: «**De la Resurrección del Señor** surge un elemento que **debe ser esencial** en nuestra espiritualidad –y en toda espiritualidad cristiana–: la **alegría** que, en nuestro caso, debe manifestarse de manera especial, en la celebración del Día del Señor, el Domingo; en el sentido de la fiesta; y en la recreación, que nosotros llamamos eutrapelia.

La alegría, que es el secreto gigantesco del cristiano, es espiritual y sobrenatural, y nace de considerar el misterio del Verbo Encarnado. *Alégrate, regocíjate*, le dijo el ángel Gabriel a María; Ella diría más tarde: *exulta de júbilo mi espíritu* (Lc 1, 47), habiendo, instantes antes, testificado Isabel: *exultó de gozo el niño en mi seno* (Lc 1, 44); y luego el ángel a los pastores: *Os anuncio una gran alegría, que es para todo el pueblo* (Lc 2, 10); y nace de constatar el misterio de la resurrección del Señor: *llenas... de gran gozo* (Mt 28, 8); como los discípulos de Emaús: *¿No ardían nuestros corazones dentro de nosotros mientras en el camino nos hablaba?* (Lc 24, 32); no creían aún *en fuerza del gozo y la admiración* (Lc 24, 41), *se volvieron... con grande gozo* (Lc 24, 52); *los discípulos se alegraron viendo al Señor* (Jn 20, 20). Por eso insiste San Pablo: *Alegraos, os vuelvo a repetir, alegraos* (Flp 4, 4).

Por eso el cristiano ha de alegrarse siempre y en todo: *el reino de Dios... es alegría en el Espíritu Santo* (Rom 14,17); *que el Dios de la esperanza os llene de cumplida alegría* (Rom 15,

²⁸ *Carta en el día de la madre*, Roma, Italia, 13 de mayo de 2018.

²⁹ P. NIETO, GUSTAVO, IVE, «Homilía en la Santa Misa conclusiva del IVE Meeting»; 3 de agosto de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE meeting*, Roma 2019, 245.

13); *llegando con alegría a vosotros* (Rom 15, 32); *alegraos* (2Cor 13, 11); *alegraos en el Señor* (Flp 3, 1); *estad siempre alegres* (1Tes 5, 16).

Ha de alegrarse en las virtudes: *quien practica la misericordia, hágalo con alegría* (Rom 12, 8); *alegres en la esperanza* (Rom 12, 12); *fortalecidos en toda virtud según la fuerza de su gloria en toda paciencia y longanimidad con alegría* (Col 1, 11).

Ha de alegrarse también en los padecimientos: *rebozo de alegría en todas nuestras tribulaciones* (2Cor 7, 4); *como tristes aunque siempre alegres* (2Cor 6, 10); *me alegro de mis padecimientos* (Col 1, 24).

Debe alegrarse también en la comunidad de seguidores del Resucitado: *me alegro en vosotros* (Rom 16, 19); *mi alegría es también la vuestra* (2Cor 2, 3); *queremos contribuir a vuestra alegría por vuestra firmeza en la fe* (2Cor 1, 24); *siempre, en todas mis oraciones, pido con alegría por vosotros* (Flp 1, 4); *Hermanos... mi alegría y mi corona* (Flp 4, 1); *vosotros sois nuestra gloria y nuestra alegría* (1Tes 2, 20).

Debe alegrarse con Cristo anunciado: *que Cristo sea anunciado, yo me alegro de ello y me alegraré* (Flp 1, 18); *permaneceré con vosotros para vuestro provecho y alegría en la fe* (Flp 1, 25); *haced cumplida mi alegría* (Flp 2, 2); *recibiendo la palabra con alegría en el Espíritu Santo* (1Tes 1, 6).

En el fondo **la alegría brota de considerar que Dios es** (cf. Ex 3, 14), **que Cristo es: Animo, Yo soy** (Mc 6, 50), que la verdad prima sobre la mentira, el bien sobre el mal, la belleza sobre la fealdad, el amor sobre el odio, la paz sobre la guerra, la misericordia sobre la venganza, la vida sobre la muerte, la gracia sobre el pecado, en fin, el ser sobre la nada, la Virgen sobre Satanás, Cristo sobre el Anticristo, Dios sobre todo. **“Dios es alegría infinita”** [SANTA TERESA DE LOS ANDES, *Carta 101*]» (*Directorio de espiritualidad*, 203-210).

En una de estas charlas de preparación al ingreso en la Tercera orden de nuestra Familia religiosa (la n. 4), se especifican algunos rasgos propios de la vida fraterna de los laicos del IVE entre sí y con los religiosos. En el fondo, es una aplicación comunitaria de los motivos verdaderos de alegría que acabamos de enunciar con la cita del *Directorio de espiritualidad*. Esto es lo que nos hace una verdadera familia, tal como les decía el padre Nieto a los religiosos en una de sus *Cartas*, que análogamente se aplica a toda la Familia religiosa del Verbo Encarnado: «Lo nuestro no es estar unidos a otros muchos, como si fuésemos un grupo de estudio, una asamblea, o como los reclutados para la milicia. **Nosotros somos verdadera y propiamente una familia, sólidamente fundados en el Verbo Encarnado**, “porque *la roca es Cristo y nadie puede poner otro fundamento*” (*Constituciones*, [7]; cita de 1Cor 3, 11). Es decir, antes que nada, somos *hermanos* reunidos en nombre de Cristo para cumplir con acabada fidelidad lo que el mismo Verbo Encarnado nos ha mandado: amarnos los unos a los otros como Él nos ha amado (cf. Jn 13, 34). Y nuestro vínculo como hermanos en el Verbo Encarnado, que es espiritual [aunque hay entre nosotros muchos miembros unidos por vínculos de sangre: hermanos, primos, tíos y sobrinos, etc. Todo lo cual potencia aún más ese “ser familia”] pero no por eso menos real, convierte nuestra vida fraterna en “un signo profético y un signo de la fraternidad de la Iglesia, y en cuanto tal es netamente apostólica” (*Directorio de vida fraterna*, 21). Ya que la comunión fraterna en cuanto tal es ya apostolado: es decir, contribuye directamente a la evangelización (cf. *Ibidem*; cf. CIC, can. 573)»³⁰.

³⁰ *Carta 18/2018*, Roma, Italia, 1 de enero de 2018, 1-2.

Simplemente traemos como conclusión en este punto, tal como hemos hecho en los anteriores, lo que el padre Nieto dijo a los terciarios al respecto en la Misa de clausura del IVE Meeting: «Hay también otro elemento que de alguna manera se halla presente en todo lo que dijimos anteriormente y es el espíritu de alegría que debe reinar en nosotros: La alegría es algo que ha caracterizado nuestro modo de vivir desde los inicios y es lo que quizás ha atraído a tantos de Ustedes. Del mismo modo, cada uno de los terciarios del IVE debe ser un instrumento que transmite alegría a los demás. Y muy especialmente “los padres de familia de la Tercera Orden han de tener la principalísima preocupación de que sus hijos vivan y crezcan en un clima auténticamente cristiano, donde florezca la alegría y la sana diversión” (DTO, 545)»³¹.

El morder la realidad

«Algo que es propio de nuestro carisma es tener esa actitud de “morder la realidad” –como la llama el padre Buela–. Para conseguir esto señalamos dos aspectos indispensables: el primero la fidelidad a Jesucristo, el segundo es la metafísica tomista que nos ayuda a *no dar golpes en el aire*, como dice san Pablo (cf. 1Cor 9, 26): intentar ver cómo está la gente, cómo están los jóvenes, qué problemas tienen, cómo se los puede ayudar mejor, etc.» (*Notas del V Capítulo general*, 9).

La expresión «morder la realidad», tan propia nuestra, es como un clavar los dientes en la misma, en el sentido de saberla cambiar enseñoreándola para Cristo. Es saber obrar de manera **eficaz**. Un ejemplo lo tenemos, por citar, en lo que nos reportan los padres del V Capítulo general del IVE respecto de una de las sesiones de aquel Capítulo: «El P. Buela expuso sobre nuestra inserción e influjo en la realidad temporal, es decir, en la construcción de una civilización cristiana. Dividió su exposición en cuatro partes:

1. El cristiano debe ocuparse primera y fundamentalmente de lo espiritual.
2. El cristiano debe ocuparse también, aunque secundaria y complementariamente, de lo temporal.
3. El cristiano debe ocuparse de lo temporal para ordenarlo según Cristo.
4. La tarea temporal corresponde directamente a los laicos y sólo indirectamente a los sacerdotes.

Al final de la exposición hubo un debate muy interesante sobre la urgencia de la tarea de formar una civilización cristiana, influyendo en todos los ámbitos de la vida pública para que el reinado social de Nuestro Señor Jesucristo sea una realidad. Sin esto no hay verdadera evangelización de la cultura. Tal tarea implica el trabajo en las cuestiones sociales, según la clara doctrina del Magisterio de la Iglesia, y la multiplicación de las obras de caridad en todas sus formas. Para ello es muy necesario formar buenos laicos, no quedándonos en una suerte de pastoral elemental, sino **proponiendo una pastoral incisiva**» (*Notas*, 73-74).

Como muy bien señala el padre Buela, el «morder la realidad» surge del conocer la metafísica tomista, en su esencia, aplicando las nociones de creación y de Encarnación, que santo Tomás obtiene por revelación, a toda la realidad, transformándola de esa forma según el modelo de la obra de Dios en Cristo (cf. *El Arte del Padre*, 3ª parte, cap. 8).

En una de sus *Cartas* a todo el Instituto el padre Nieto analizó profundamente algunas aplicaciones de esta expresión, «morder la realidad», sobre todo en orden a la sólida formación de los religiosos. Allí decía: «A nosotros no nos cabe “poner una etiqueta nominalista a la realidad”

³¹ P. NIETO, GUSTAVO, IVE, «Homilía en la Santa Misa conclusiva del IVE Meeting»; 3 de agosto de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Acti dell'IVE meeting*, Roma 2019, 245.

(*Directorio de vida consagrada*, 399); simplemente porque así no se evangeliza. Lo que perseguimos es que el Evangelio informe las culturas de los hombres (cf. *Directorio de espiritualidad*, 29). Entonces, es esta **formación realista** (cf. *Constituciones*, [230]: “fundada en la realidad objetiva de las cosas”) y no nominalista, la que nos ayuda a “no dar golpes en el aire”, sino que nos permite la apertura plena y global hacia la realidad entera, proporcionándonos “las claves últimas y decisivas para la lectura de la condición humana y para la elección de prioridades” [SAN JUAN PABLO II, *Discurso al Congreso mundial de Institutos seculares*, Roma, 28 de agosto de 2000], dándonos la oportunidad de insertarnos en la problemática de la cultura moderna y de ofrecer una contribución efectiva a la evangelización»³².

Esto mismo que decimos, aplicado más específicamente a nuestros fieles laicos, es lo que les decía el padre Nieto al terminar el IVE Meeting: «Respecto del apostolado, las insignias que deben relucir en el alma y en el obrar de nuestros laicos son varios. Uno de ellos es lo que nosotros llamamos “morder la realidad”: que no es otra cosa sino el afrontar la realidad con una visión sobrenatural para transformarla **según el espíritu del Verbo Encarnado y según el modo de la Encarnación**, esto es: asumiendo las culturas que deben ser evangelizadas (cf. *Directorio de vida consagrada*, 339). Noten ustedes que nosotros encaramos la evangelización sin diluir la fe en lo racional, sin convertir lo sacro en profano, sin caer en espiritualidades insustanciales. Lo que perseguimos es que el Evangelio informe las culturas de los hombres (cf. *Directorio de espiritualidad*, 29). Para lo cual es imperativo “una renovación de la vida bajo la influencia de la gracia” (*Directorio de vida consagrada*, 339). No como hacen otros “al abrazarse con la cultura actual renunciando a impregnarla del Evangelio” (cf. *Directorio de espiritualidad*, 29)»³³.

La elección de los puestos de avanzada

El padre Gonzalo Ruiz, siguiendo el libro del padre Buela, *Juan Pablo Magno*, 535-536; y haciendo recurso a algunos textos de nuestro derecho propio ha explicado muy bien qué se entiende por este elemento no negociable adjunto a nuestro carisma: «Nos referimos a aquellas misiones que llamamos “destinos emblemáticas” a lugares que representan un sello de honor para nuestra pequeña Familia religiosa, en cuanto se trata de lugares de misión en los cuales puede darse que los misioneros no vean frutos abundantes de su trabajo, de los cuales probablemente no surgirán vocaciones y donde quizás, si nosotros no hubiéramos aceptado ir, ninguno habría querido ir a causa de las dificultades. Igualmente, el sacrificio silencioso de aquellos que allí dan la propia vida por Cristo no quedará sin recompensa, son una enorme fuente de bendiciones para todo el Instituto y para la Iglesia universal.

Tenemos que ser siempre más conscientes de la urgencia de la misión, y de que la misión nos implica a todos: “El número de los que aún no conocen a Cristo ni forman parte de la Iglesia aumenta constantemente; más aún, desde el final del Concilio, casi se ha duplicado. Para esta humanidad inmensa, tan amada por el Padre que por ella envió a su propio Hijo, es patente la urgencia de la misión’ [SAN JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, 3]” (*Directorio de misiones «ad gentes»*, 20).

“La urgencia de la evangelización misionera es que ésta constituye el primer servicio que la Iglesia puede prestar a cada hombre y a la humanidad entera en el mundo actual, el cual está conociendo grandes conquistas, pero parece haber perdido el sentido de las realidades últimas

³² *Carta circular 11/2017*, Roma, Italia, 1 de junio de 2017, 9.

³³ P. NIETO, GUSTAVO, IVE, «Homilía en la Santa Misa conclusiva del IVE Meeting»; 3 de agosto de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell’IVE meeting*, Roma 2019, 244.

y de la misma existencia' [SAN JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, 2]" (*Directorio de misiones «ad gentes»*, 19).

Por ello, es necesario **ser santos, buscar la santidad**: "“El renovado impulso hacia la misión ad gentes exige misioneros santos. No basta renovar los métodos pastorales, ni organizar y coordinar mejor las fuerzas eclesiales, ni explorar con mayor agudeza los fundamentos bíblicos y teológicos de la fe. Es necesario suscitar un nuevo *anhelo de santidad* entre los misioneros y en toda la comunidad cristiana, particularmente entre aquellos que son los colaboradores más íntimos de los misioneros' [SAN JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, 90]. 'El misionero ha de ser un *contemplativo en acción* que haya respuesta a los problemas a la luz de la Palabra de Dios mediante la oración personal y comunitaria' [SAN JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, 91]" (*Directorio de misiones «ad gentes»*, 201)»³⁴.

En nuestras *Constituciones*, [186], se detallan algunas normas para lo que se llama la selección de los ministerios. Allí se muestran criterios relacionados con la elección de los lugares emblemáticos para nuestras misiones: «Las reglas que hay que tener presentes, además de la búsqueda de la mayor gloria de Dios y del bien más universal, son:

a) donde hay más necesidad de operarios, porque faltan los mismos o porque los fieles tienen más urgencia de los mismos;

b) donde se diere más fruto para gloria de Dios, por tener más facilidades, mejor disposición de los fieles para aprovechar (lo cual puede juzgarse por la insistencia en los pedidos), en la condición y cualidades en las que se desarrollará y conservará mejor el fruto hecho;

c) donde hubiese **mayor deuda**, a saber: de donde hayan salido vocaciones, donde hayan mayores benefactores, donde de hecho Dios nos plantó ya que hay que florecer donde nos han plantado;

d) y porque el bien cuanto más universal es más divino, deben preferirse aquellos que, por razón de su autoridad, pueden hacer que el bien se extienda en muchos otros. Sean gobernantes, profesionales, docentes, intelectuales, empresarios, jefes, artistas, etc., como si dijéramos, es preferible evangelizar un Ministro de Economía que erradique, con justicia, todas las villas de emergencia, más que tratar de solucionar problema por problema, aunque lo uno no quita lo otro;

e) donde haya más mal sembrado, incluso mala opinión o mala voluntad contra nuestro Instituto, enviando a quienes por su vida y doctrina deshagan la mala opinión fundada en malas informaciones;

f) donde hubiere algo que incumbiere de modo particular al Instituto, o no hubiese otros que se ocupen de ello, prefiriéndose siempre aquello que se extienda para el bien de muchos y que sea más duradero;

g) donde haya responsabilidades de gran importancia, enviándose personas escogidas y de quienes se tenga más confianza; asimismo, en las cosas donde haya más trabajos pastorales, deben señalarse personas más recias y sanas, y en donde haya más peligros espirituales, personas más probadas y seguras en la virtud».

Estas normas, que se aplican directamente a la elección de destinos misioneros, deben servirnos de criterio general para poder discernir los apostolados a hacer, en dependencia de las avanzadas misioneras ya establecidas, con las cuales se puede cooperar de muchas maneras, tal como decía el padre Nieto a los terciarios, envalentonándolos a tomar parte activa en la misión

³⁴ P. RUIZ, GONZALO, IVE, «El carisma del Instituto del Verbo Encarnado», 31 de julio de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE meeting*, Roma 2019, 174-175.

del Instituto: «Otro elemento que nos caracteriza es la elección de puestos de avanzada en la misión. Ya que a imitación del Verbo Encarnado a nosotros nos urge a trabajar en los lugares más difíciles (aquellos donde nadie quiere ir) (*Directorio de espiritualidad*, 86). Por eso es muy importante el apoyo con la oración a nuestros misioneros y la ayuda concreta siempre que sea posible. Algunos están en zonas de guerra, otros donde la iglesia es muy perseguida... **cuán importante es rezar por ellos como miembros que somos todos de la misma familia**».

Y luego interpelaba particularmente a los jóvenes: «Pero aún más: yo los quiero desafiar, especialmente a los jóvenes de las Voces del Verbo aquí presentes, a “que por su voz hable el mismo Verbo de Dios, que sean el sonido vivo la Iglesia en los lugares más difíciles y recónditos” (DTO, 474) y a que consideren seriamente el emplearse voluntaria y libremente a seguir con mayor libertad y más de cerca a Cristo por los caminos de la misión. ¡De cuanta ayuda serían un par de manos más en tantas de nuestras misiones!»³⁵.

Las obras de misericordia

Este elemento es, en parte, un colofón del anterior, ya que las Obras de misericordia emprendidas por el Instituto desde sus primeros años son también un puesto de avanzada y un destino emblemático donde calladamente muchos religiosos y laicos, junto con los beneficiarios de esas mismas obras, obtienen las gracias que el Instituto necesita en todas sus misiones. Por eso decía el padre Nieto a todos los que forman actualmente nuestro primer Hogarcito, «San Martín de Tours», de Rama Caída, San Rafael, al cumplirse los 25 años de su fundación: «Y los quiero animar a continuar con todo coraje y con todo fervor a seguir inmolándose como **víctimas de la caridad** (cf. *Constituciones*, [194]) en la ardua lucha de lo cotidiano y aún en medio de circunstancias difíciles y dolorosas que de momento puedan sobrevenir. Porque como bien decía san Luis Orione: “Sin duda se hace mejor para cada uno de nosotros y para nuestra amada Congregación estar ejercitados en los sufrimientos y adversidades, que si todo nos anduviese bien. [...] Como el oro se prueba en el fuego y el amor con los hechos, así la fe se prueba con las obras de misericordia, se prueba en los riesgos e inmolaciones internas, personales: se prueba en los combates externos y también en los vilipendios y persecución. Mas por la fe, las persecuciones y los vilipendios, en lugar de ser la razón de separarnos de Cristo, serán, en cambio, acrecentamiento de vida cristiana, de vida verdaderamente de abnegación, de perfección religiosa, de firme virtud, de veraz amor a Dios y a los hombres, de unión a Jesús y a su Iglesia. [...] Coraje, oh hijos míos, pues el futuro es de Cristo y de quien vive de fe, de fe operante en la verdad, en la caridad, hasta morir, hasta el holocausto, para la salvación de los hermanos” [*Cartas de don Orione*, vol. II, carta 88, 24 de junio de 1937]»³⁶.

Y estas obras donde las almas se inmolan en la fe y la caridad son evidentemente un campo de acción también muy sensible a la ayuda de nuestros laicos, por lo cual les decía también el padre Nieto a ellos, en la Solemnidad de Cristo Rey del año 2018: «Hoy quiero contarles que por gracia de Dios, cada vez son más numerosos los niños y jóvenes que asisten a las actividades organizadas por la Familia religiosa; cada vez son más numerosas las almas que se alimentan del pan de nuestras casas; cada vez son más los enfermos, huérfanos, niños en situaciones de riesgo y los discapacitados que la providencia divina se complace en poner a nuestro cuidado en los 10 hogares del Instituto; cada vez son más los chicos que desean asistir a nuestras escuelas, y a

³⁵ P. NIETO, GUSTAVO, IVE, «Homilía en la Santa Misa conclusiva del IVE Meeting»; 3 de agosto de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE meeting*, Roma 2019, 245.

³⁶ P. NIETO, GUSTAVO, IVE, *Carta por el 25 aniversario del Hogar «San Martín de Tours»*, Nueva York, 12 de marzo de 2019, 2.

decir verdad, cada vez son más vastos los horizontes apostólicos que se abren delante de nuestra pequeña Familia religiosa.

Por eso quiero dirigirles mi invitación personal a cada uno de Ustedes –siempre según sus posibilidades– para abrazar la oportunidad de destacarse en la noble tarea de trabajar y de colaborar *de muchas maneras* y por *distintos medios* en la labor evangelizadora del Instituto en el mundo entero. Sean Ustedes esas almas que sin poder contener el ardor de la caridad buscan expandirse colaborando con los sacerdotes, religiosos y religiosas en su misión (cf. DTO, 449). Sean Ustedes los laicos que con su colaboración generosa nos permitan sembrar la verdad de la santa doctrina en las almas de los jóvenes; que quieran ayudarnos en esta obra de amor cristiano hacia los pequeños y los más olvidados de nuestra sociedad. Sean Ustedes quienes patrocinen la labor educativa del Instituto y sostengan las muchas otras obras caritativas ya emprendidas. Sean Ustedes los laicos siempre serviciales (cf. *Ibidem*) que quieran apoyar a las misiones que nos han sido encomendadas –sobre todo en aquellos lugares más difíciles o que atraviesan circunstancias más adversas–. Sean Ustedes los obreros del Evangelio que quieran unirse activa y voluntariamente a las misiones de nuestro Instituto haciendo fructificar los talentos que Dios les ha concedido “para que otros tengan vida y esperanza” [*Vita consecrata*, 105] y, en fin, ayudarnos el uno al otro a ganarnos el Paraíso.

Ya lo decía san Luis Orione: “**Sólo con la caridad de Jesucristo se salvará el mundo**. Debemos llenar de caridad los surcos que dividen a los hombres saturados de odio y de egoísmo”³⁷»³⁸.

Y a los jóvenes en particular, siguiendo la invitación que comenzamos a transcribir en el punto anterior, les alentaba el padre Nieto de esta forma: «¡Cuántos de los 10 hogares que tiene el Instituto se beneficiarían de jóvenes generosos que se inclinen a mostrar la verdadera compasión de Cristo con el hermano que sufre en el cuerpo o en el alma! “Las obras de misericordia, sobre todo con discapacitados” son uno de los grandes campos de apostolado donde la ayuda de los miembros de la Tercera orden ha sido fundamental y sigue siendo muy necesaria. Por eso les quiero agradecer públicamente y de corazón a quienes con tanto olvido de sí nos ayudan, nos asisten, nos proveen en ese apostolado que para nosotros es tan importante»³⁹.

La Devoción a la Virgen

«Entre tanta riqueza que tiene nuestra espiritualidad, tal como lo expresa nuestro derecho propio y de manera particular nuestras *Constituciones*, hay una joya, que quizás sea la perla de mayor valor, y es la que está contenida en aquella expresión de nuestras *Constituciones* (que aparece una sola vez, en todo el texto) y que dice que **nosotros debemos “marianizar” nuestras vidas**» (P. Gustavo Nieto).

La expresión «marianizar la vida» está en las *Constituciones*, [85-89]. Allí se dice, en referencia a nuestro cuarto voto: «Fruto de consagración a la Santísima Virgen y consecuencia natural es el marianizar toda la vida. Para ello es preciso, en primer lugar, hacer todo **por María**, lo cual nos indica el medio, y tal es la fusión de intenciones. Nada hay que la Madre de Dios se reserve para sí, sino que en todo nos dice y enseña, como a los servidores de Caná, *haced lo que Él os diga* (Jn 2, 5).

³⁷ PAPANOGI, GIORGIO, *Vida de don Orione*, cap. 35; cita de *Cartas de don Orione*, 3 de agosto de 1920.

³⁸ P. NIETO, GUSTAVO, IVE, *Carta a la Tercera orden*, Roma, Italia, 25 de noviembre de 2018, Solemnidad de Cristo Rey del universo, 2.

³⁹ P. NIETO, GUSTAVO, IVE, «Homilía en la Santa Misa conclusiva del IVE Meeting»; 3 de agosto de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell’IVE meeting*, Roma 2019, 245.

En segundo lugar, hay que hacer todo **con María**, en lo cual se expresa la compañía y el modelo que debe guiar “todas nuestras intenciones, acciones y operaciones” (EE, [46]), puesto que Ella es la obra maestra de Dios. Aquí, pues, se nos muestra lo que debemos imitar. Si el Apóstol decía *Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo* (1Cor 11, 1), ¡con cuánta mayor razón podrá afirmarse esto de la Virgen, en quien ha hecho maravillas el Todopoderoso, cuyo Nombre es santo! (cf. Lc 1, 49). “Mientras que la Iglesia en la Santísima Virgen ya llegó a la perfección, por lo que se presenta sin mancha ni arruga, los fieles... levantan sus ojos hacia María, que brilla ante toda la comunidad de los elegidos como modelo de virtudes” [LG, 45].

En tercer lugar, es necesario obrar **en María**, vale decir, en íntima unión con Ella, y con esto se muestra la permanencia y unidad que ha de darse entre el consagrado y la Madre de Dios. El que ama está en el amante: tal es la propiedad del amor ardiente, que tiende de suyo a una mutua compenetración, cada vez más profunda y más sólida. De este modo se imita al Verbo Encarnado, que quiso venir al mundo y habitar en el seno de María durante nueve meses, y se hace efectivo su mandato y donación póstuma: *Dijo al discípulo: He aquí a tu Madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa* (Jn 19, 27).

Finalmente, es preciso hacer todo **para María**. La Santísima Virgen, subordinada siempre a Cristo según el designio eterno del Padre, debe ser el fin al cual se dirijan nuestros actos, el objeto que atraiga el corazón de cada consagrado y el motivo de los trabajos emprendidos. María es “el fin próximo, el centro misterioso y el medio fácil para ir a Cristo” [SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, n. 265].

Todo fiel esclavo de Jesús en María debe, por tanto, invocarla, saludarla, pensar en Ella, hablar de Ella, honrarla, glorificarla, recomendarse a Ella, gozar y sufrir con Ella, trabajar, orar y descansar con Ella y, en fin, desear vivir siempre por Jesús y por María, con Jesús y con María, en Jesús y en María, para Jesús y para María».

La devoción a la Virgen es un timbre de honor para todos los miembros de la Familia religiosa del Verbo Encarnado. Es nuestra joya, nuestra perla de más valor. Le decía el padre Nieto a los terciarios: «Finalmente y como no podría ser de otra manera **nosotros somos marianos**. “La devoción a la Virgen es algo propio del carisma, no sólo por el cuarto voto, sino también por la presencia de la Virgen en todas nuestras actividades, desde la consagración que renovamos en cada Misa hasta la terminación de todas nuestras fiestas con un canto a la Virgen” (*Notas del V Capítulo general*, 5). No se puede ser del Verbo Encarnado y no amar a María. Cuan complacido estaría el mismo Cristo si al volver a sus países se preparan para consagrarse a la Virgen, si continúan el rezo del Rosario a diario, si se vuelven promotores de la Consagración a Jesús por María»⁴⁰.

Particular devoción profesamos a la advocación de nuestra Señora de Luján, patrona principal de nuestros Institutos y, por tanto, de toda la Familia religiosa: «No podemos dudar que la Virgen de Luján está íntimamente entrelazada a la historia de nuestro Instituto y a **nuestra identidad mariana**. Su preciosa imagen en nuestras casa religiosas, parroquias, escuelas, hogares, etc. confiesa silenciosa pero manifiestamente que somos *todos suyos* (cf. *Constituciones*, [19]) y que de Ella esperamos “la ayuda para prolongar la Encarnación en todas las cosas” (cf. *Constituciones*, [17])»⁴¹.

Y efectivamente esperamos de María la ayuda en toda nuestra empresa como Familia religiosa, y creemos que es Ella la que lo hace todo. Y por eso a Ella debemos recurrir siempre en

⁴⁰ P. NIETO, GUSTAVO, IVE, «Homilía en la Santa Misa conclusiva del IVE Meeting»; 3 de agosto de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell’IVE meeting*, Roma 2019, 246.

⁴¹ P. NIETO, GUSTAVO, IVE, *Carta circular 34/2019*, Roma, Italia, 1 de mayo de 2019, 1.

todas nuestras tribulaciones, tal como corresponde a un verdadero devoto: «... en todos los sufrimientos que individualmente o como Instituto nos toque sufrir, debemos aprender a ver esos designios de misericordia que Dios tiene para nosotros. Y a imitación de la Ven. Sor Lucía saber ver “siempre en todo ello la acción de Dios, que así lo quiere” [cf. *Memorias de la hermana Lucía*, 2ª, II, 9].

Ahora bien, también es importante notar que en este *soportar todos los sufrimientos que Dios quiera enviarnos* [cf. *Memorias de la hermana Lucía*, 4ª, II, 3] no estamos solos, pues la presencia de la Madre de Dios nos sostiene para que podamos llevar las cruces con “más facilidad, mérito y gloria” [SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, n. 154]»⁴².

Por eso escribía el padre Nieto en otra ocasión lo siguiente: «Hermosamente dice san Luis María Grignon de Montfort que “Dios escogió a María como tesorera, administradora y distribuidora de todas sus gracias” [*El secreto de María*, 10]. Y a Ella y sólo Ella “la constituyó soberana del cielo y de la tierra (cf. LG, 59), realizadora de sus portentos, mediadora de los hombres, exterminadora de los enemigos de Dios y fiel compañera de su grandeza y de sus triunfos” [cf. *Tratado de la verdadera devoción*, n. 28]. Con cuánta elocuencia nosotros, los miembros del Instituto del Verbo Encarnado, podemos comprobar una y otra vez a medida que pasan los días y los años, el amoroso cuidado maternal con que la Virgen María nos asiste»⁴³.

Al respecto, dice el padre Buela: «... el oficio de la Virgen, luego de la partida de su Hijo de este mundo, y ahora en lo más alto de los cielos, es interceder por nosotros: los hijos que todavía estamos peregrinando por este mundo, los hijos que todavía tenemos dificultades, que tenemos grandes enemigos. Y esa oración poderosísima de la Madre es una oposición para que no puedan triunfar sobre nosotros, a pesar de nuestras pobres fuerzas, a pesar de nuestra poquedad, a pesar de nuestra debilidad.

No puede triunfar ni el Maligno, ni los que son del Maligno. Es una oración de la Madre y, por tanto, es una oración que el Hijo, por así decirlo, está obligado a escuchar. Y es por eso que la Virgen ha triunfado y sigue triunfando: es ella la Mujer revestida de sol con la luna bajo sus pies y en su cabeza una corona de doce estrellas (cf. Ap 12, 1).

Por este motivo, nosotros, por gracia de Dios, por inspiración de la Virgen, nos consagramos a Ella con un cuarto voto según la letra y el espíritu de San Luis María Grignon de Montfort. De tal manera que, propiamente, hacemos dos cosas. En primer lugar, entregarle a Ella, nuestra buena Madre del Cielo, todo lo que somos, todo cuanto tenemos: los bienes del cuerpo, los bienes del alma, los bienes naturales, los bienes sobrenaturales, nuestro pasado, nuestro presente, nuestro futuro, las gracias que podamos merecer, las indulgencias que podemos ganar; todo, absolutamente, lo ponemos en sus manos porque nos reconocemos sus esclavos. Pero en segundo lugar, por el voto de esclavitud mariana es nuestro deseo, es nuestra intención explícita, *marianizar toda nuestra vida*, es decir, hacer todas las cosas por María, con María, en María, y para María, para entonces así poder hacer todo por Jesús, con Jesús, en Jesús y para Jesús. Entonces, entrando dentro de esa corriente de vida misteriosa que fue la que nos trajo nuestra Madre del Cielo, con Ella aprender a dar gloria a nuestro Padre celestial por gracia del Espíritu Santo, ya que la Virgen nos enseña todos los días –Ella que es Hija de Dios Padre, Madre de Dios

⁴² P. NIETO, GUSTAVO, IVE, *Carta circular 10/2017*, San Luis, Argentina, 1 de mayo de 2017, 9.

⁴³ P. NIETO, GUSTAVO, IVE, *Carta en las primeras vísperas de la Solemnidad de santa María, Madre de Dios*, Roma, Italia, 31 de diciembre de 2017, 1.

Hijo y Esposa de Dios Espíritu Santo— a que vivamos nuestra vida cristiana de tal manera que siempre sea trinitaria como siempre debe ser cristocéntrica»⁴⁴.

Y es lo que nuestro *Directorio de espiritualidad* nos enseña cuando dice en el n. 325: «Queremos terminar esta parte de nuestro código fundamental haciendo mención de lo que queremos que sea nuestra espiritualidad en forma resumida:

No, Jesús o María; no, María o Jesús.

Ni Jesús sin María; ni María sin Jesús.

No sólo Jesús, también María; ni sólo María, también Jesús.

Siempre Jesús y María; siempre María y Jesús.

A María por Jesús: *He ahí a tu Madre* (Jn 19, 27).

A Jesús por María: *Haced lo que Él os diga* (Jn 2, 5).

Primero, Jesús, el Dios-hombre; pero luego, María, la Madre de Dios.

El, Cabeza; Ella, Cuello; nosotros, Cuerpo.

Todo por Jesús y por María; con Jesús y con María;

en Jesús y en María; para Jesús y para María.

En fin, sencillamente: Jesús y María; María y Jesús.

Y por Cristo, al Padre, en el Espíritu Santo».

Conclusión

(tomado de P. RUIZ, GONZALO, IVE, «El carisma del Instituto del Verbo Encarnado», 31 de julio de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE meeting*, Roma 2019, 178).

Finalizamos citando un párrafo de las *Notas del V Capítulo general*, 3: «En efecto, el carisma es susceptible a sufrir modificaciones o encontrarse en diversas situaciones a través de la historia en una Familia religiosa: puede desarrollarse en sus virtualidades, expandirse, aplicarse a nuevas situaciones, pero también contraerse, anquilosarse, por ejemplo, cuando empieza a primar lo accidental sobre lo sustancial y no hay capacidad de adaptación; desvirtuarse, cuando hay un crecimiento pero no en la dirección que quería el fundador; o incluso perderse totalmente. Quienes gobiernan deben aprender a ser fieles al carisma y procurar que los demás sean también fieles: de ellos depende en gran parte este carisma en el futuro. Debe ser transmitido en una tradición viva, o como expresamos en nuestras Constituciones, se debe “formar escuela”. De aquí la grave responsabilidad de quienes gobiernan un instituto: el carisma es un don de Dios a la Iglesia que está en manos de los Superiores».

Pero de este carisma participan también *nuestros laicos* de la Tercera orden. Dice san Juan Pablo II en la exhortación postsinodal *Vita consecrata*, 16: «Los laicos, en virtud del carácter secular de su vocación, reflejan el misterio del Verbo Encarnado en cuanto Alfa y Omega del mundo, fundamento y medida del valor de todas las cosas creadas».

⁴⁴ <http://www.padrebuela.org/maria-todo-lo-hace-ella/>.

Especificaciones acerca de la Tercera orden secular del IVE

(fuentes principales: *Directorio de Tercera orden; Constituciones; Directorio de espiritualidad; Atti dell'IVE Meeting*).

¿Qué es ser un terciario del IVE?

El terciario del IVE existe, en cuanto tal, a partir y en orden al carisma de la Familia religiosa del Verbo Encarnado. Es parte de esa Familia y por tanto adquiere de ella sus rasgos propios. En el *Directorio de Tercera orden* [DTO] se especifica muy bien esta dependencia: «... como Institutos de Vida Consagrada queremos asociar a nuestra Familia religiosa a todos aquellos laicos que deseen participar y enriquecer el tesoro espiritual de la Familia religiosa del Verbo Encarnado mediante los distintos compromisos seculares, para que también ellos sean como **una nueva Encarnación del Verbo** en los ámbitos propios de la vida laical, informando toda la realidad con la luz y la victoria de la Encarnación» (n. 3).

En la primera de estas charlas de preparación al ingreso de los laicos en nuestra Tercera orden quedaron claros los elementos que hacen al carisma y a la espiritualidad de la Familia religiosa del Verbo Encarnado. Aquí corresponde establecer claramente cuál es la aplicación peculiar que de ellos se hace a nuestros laicos, siguiendo fundamentalmente el *Directorio de Tercera orden*, que tiene básicamente ese mismo objetivo.

[Naturaleza] Para explicar la *naturaleza* de la tercera orden, nuestro DTO, 4, dice, haciendo referencia al *Código de Derecho canónico* [CIC], can. 303: «La Tercera orden secular u orden laical de la Familia religiosa del Verbo Encarnado es una asociación de fieles laicos, cuyos miembros viviendo en el mundo, desean participar del espíritu de nuestra Familia religiosa para buscar de modo más seguro y eficaz la propia perfección cristiana en todo el amplio campo de la vocación laical bajo la alta dirección del Instituto del Verbo Encarnado y del Instituto Servidoras del Señor y de la Virgen de Matará y para realizar la santificación de todos los hombres mediante las obras de apostolado».

Se nota aquí cómo lo que corresponde a la Tercera orden según su esencia es el participar del espíritu de la Familia religiosa del Verbo Encarnado en un grado particular, que es el de la vocación laical, con el objeto explícito de buscar la propia perfección cristiana de cada miembro, y con la obligación de extender esa perfección mediante el apostolado. De donde se dice a continuación: «Por eso quiere y se compromete a formar con los miembros del Instituto del Verbo Encarnado y de las Servidoras del Señor y de la Virgen de Matará **una única familia**, unidos por la misma fe, los mismos fines, la misma misión, el mismo carisma, la misma índole y el mismo espíritu. Es parte esencial y constitutiva de la Familia del “Verbo Encarnado”, y de la cual la Familia religiosa del Verbo Encarnado no puede prescindir, en cuanto que es la prolongación del accionar de ambos Institutos en los ámbitos propios de la vida laical» (DTO, 5).

[Fines] De esta naturaleza, unida íntimamente a la naturaleza de toda la Familia religiosa, se sigue que también los fines de la Tercera orden están unidos y en dependencia con los fines de la Familia religiosa. Así se dice, en efecto: «La Tercera orden secular del Verbo Encarnado persigue el **mismo fin de la Familia religiosa**, que a saber, es **dobles**; por un lado busca la mayor

gloria de Dios y la salvación de las almas, tratando de **santificar a sus miembros y santificar desde la propia condición laical el mundo entero.**

Por otro lado, como terciarios de la Familia del Verbo Encarnado, la Tercera orden secular compromete todas sus fuerzas para inculturar el Evangelio, es decir para prolongar la Encarnación en todo hombre, en todo el hombre y en todas las manifestaciones del hombre, de modo particular mostrando que la Iglesia “tiene una auténtica dimensión secular, inherente a su íntima naturaleza y a su misión, que hunde su raíz en el misterio del Verbo Encarnado y se realiza de formas diversas en todos sus miembros” [PABLO VI, *Discurso a los representantes de Institutos seculares sacerdotales y laicales*, 2 de febrero de 1972]. Para esto busca ordenar los asuntos temporales según Dios [LG, 31], instaurando todas las cosas en Jesucristo (Ef 1, 10), haciendo manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de la vida, la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad, iluminando las realidades temporales con las que está estrechamente vinculada, de modo tal que sin cesar se realice y progrese conforme a Cristo y sea para la gloria del Creador y del Redentor» (DTO, 6-7).

Como se ve por esta cita del DTO, la Tercera orden busca como fin *primero* la gloria de Dios, que es la santificación del hombre, y por tanto, los terciarios se comprometen en primer lugar a buscar santificarse por todos los medios a su alcance; y en *segundo* término, como medio de glorificar a Dios y de alcanzar la propia santidad, quieren reproducir el misterio de la Encarnación de Jesucristo en su propio ambiente, que es el de los asuntos temporales, la familia, el trabajo, la vida social, etc.

[Fundamento] Estos fines, que nacen de la naturaleza de la Tercera orden tienen un único fundamento, que es Jesucristo. La sentencia del DTO, 8, repite el n. [7] de las *Constituciones*, y es muy clara al respecto, además de tener una gran belleza y fuerza de expresión: «Como miembros de la Familia del Verbo Encarnado desea [la Tercera orden] participar, en la medida de la propia condición, del espíritu y de la vida que la rige [a la Familia religiosa], de aquí que también quiera **fundarse en Jesucristo, que ha venido en carne** (1Jn 4,2) y en sólo Cristo, y Cristo siempre, y Cristo en todo y Cristo en todos y Cristo Todo. Porque **la roca es Cristo y nadie puede poner otro fundamento**. Quiere amar y servir, y hacer amar y hacer servir a Jesucristo, a su Cuerpo y a su Espíritu. Tanto al Cuerpo físico de Cristo en la Eucaristía, cuanto al Cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia, formada también por sus miembros que por la santidad de vida deben llegar a ser “otros Cristos” y por todos los hombres en los que ve al mismo Cristo, en especial los pobres, los pecadores y los enemigos. Quiere también ser “como otra humanidad suya” [SANTA ISABEL DE LA TRINIDAD, *Elevaciones*, 34], quiere también que sus miembros sean cálices llenos de Cristo que derraman sobre los demás su superabundancia, quiere que los terciarios manifiesten que Cristo vive. Y al Espíritu de Cristo porque es el alma de la Iglesia y porque *si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, éste no es de Cristo* (Rom 8, 9)».

[Espiritualidad] De que el fundamento sea Cristo, se sigue que toda la espiritualidad de la tercera orden, como la de la Familia religiosa entera del Verbo Encarnado, consiste fundamentalmente en reproducir, cada uno según su vocación particular, el misterio del Verbo Encarnado. Dice el DTO: «Por eso la Tercera Orden Secular desea **imitar** profundamente, en el ámbito que le es propio, al Verbo Encarnado, que “quiso participar de la convivencia humana... santificó los vínculos humanos, en primer lugar los familiares, donde tienen su origen las relaciones sociales, sometiéndose voluntariamente a las leyes de su patria, quiso llevar la vida de un trabajador de su tiempo y de su región” [ChL, 15]. Ya que “al elegir la vida común de los hombres, el Hijo de Dios confirió a esa vida un nuevo valor, elevándola a las alturas de la vida divina... el Evangelio nos atestigua que el Hijo eterno se identificó plenamente con nuestra condición, viviendo en el mundo su propia consagración. La vida íntegramente humana de Jesús en el mundo es el modelo

que inspira la vida de todos los bautizados [SAN JUAN PABLO II, *Catequesis*, 10 de noviembre de 1993, 5]. Así los terciarios procuran **imitar** a Cristo con la convicción de que “los laicos pueden llevar a cabo en su vida la conformación al misterio de la Encarnación, precisamente mediante el carácter secular de su estado” [*Ibidem*]]» (DTO, 9).

[Apostolado] Y desde Cristo, a quien se quiere imitar en su misterio, y en especial en un aspecto, que es el del anonadamiento; se deben lanzar los miembros de la Tercera orden de nuestra Familia religiosa a toda obra apostólica, para redimir todo lo humano e impregnarlo con el misterio de la Encarnación, siguiendo en esto el propio fin específico.

«Y para la concreta y eficaz realización de estos fines se dedicará a las obras de apostolado, como **parte esencial de su misión**, teniendo como **centro de acción propio y particular los puntos de inflexión de la cultura**, desde los extremos propios de la vida secular; las obras de misericordia con los más necesitados, el apostolado de la oración, la catequesis, las misiones, la proclamación de la verdad por los medios de comunicación, la política, la docencia; la ayuda a los sacerdotes y religiosos; la asistencia social, sobre todo con los más carenciados; y el aprovechamiento de todo aquello que pueda lícitamente ser utilizado para que Cristo reine en todos los estratos de la vida individual, familiar y social. Sabiendo que “los fieles y más precisamente los laicos, se encuentran en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; pues por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana” [Pío XII, *Discurso a los nuevos Cardenales*; en AAS, 38 (1946), 149].

Cada miembro “debe ser ante el mundo un testigo de la resurrección y de la vida del Señor Jesús y una señal del Dios vivo. Todos juntos y cada uno de por sí debe alimentar al mundo con frutos espirituales y difundir en él, el espíritu del que están animados aquellos pobres, mansos y pacíficos a quienes el Señor en el Evangelio proclamó bienaventurados. En una palabra, cada miembro debe cumplir aquello de ‘lo que el alma es al cuerpo, esto han de ser los cristianos en el mundo’ (*Carta a Diogneto*, 6)” [LG, 38]]» (DTO, 10-11).

[Devoción a la Virgen y Docilidad al Espíritu Santo] Hay que decir, finalmente, que, siendo los miembros de la Familia religiosa «esencialmente misioneros y marianos» (*Constituciones*, [31]), y reconociendo con convicción que por el carisma de nuestra Familia religiosa, «todos sus miembros deben trabajar, en suma docilidad al Espíritu Santo y dentro de la impronta de María, a fin de enseñorear para Jesucristo todo lo auténticamente humano, aún en las situaciones más difíciles y en las condiciones más adversas» (*Constituciones*, [30]); entonces ningún terciario cumple verdaderamente el fin para el cual ingresa en nuestra Tercera orden si no pone *todos los medios posibles* para hacerse verdadero esclavo de la Santísima Virgen y sumamente dócil a las inspiraciones de Dios Espíritu Santo. Por más grandes obras que se hagan, si faltan estos elementos, no se puede decir que se esté trabajando según el espíritu propio de la Familia religiosa.

«Junto a Cristo, los laicos del Verbo Encarnado desean mostrar al mundo a su santa Madre la Virgen María: *Junto a la Cruz de Jesús estaba su Madre* (Jn 19, 25), sabiendo que **su presencia es imprescindible para prolongar la Encarnación en todo lo creado**. Por eso deben procurar profundizar en su vida, seguir sus enseñanzas y prolongar su misión realizando todas las acciones por María, con María, en María y para María, siguiendo las enseñanzas de San Luis María Grignon de Montfort expresadas sobre todo en el *Tratado de la Verdadera Devoción*. Desde ya esta asociación coloca en manos de su Madre del cielo todas sus empresas, sabiendo que del sí de la Virgen ha dependido toda la obra de la Encarnación.

Sólo en la más absoluta fidelidad al Espíritu Santo conseguiremos nuestros fines. Siendo conscientes que nuestro pobre aliento únicamente es fecundo e irresistible si está en comunicación con el viento de Pentecostés.

Para alcanzar esta disposición de suma, total e irrestricta docilidad al Espíritu Santo, que es el Espíritu de Cristo (cf. Rom 8, 9), la Tercera orden secular de la Familia religiosa del “Verbo Encarnado” necesita que la Santísima Virgen sea el modelo, la guía, la forma de todos sus actos, por todo lo cual, con todas las fuerzas del alma, y del corazón, hoy y siempre, decimos ¡“Totus tuus”, María!» (DTO, 12-14).

Obligaciones propias de un terciario

Ha dicho san Juan Pablo II, refiriéndose a la actividad apostólica de los fieles laicos: «Los fieles laicos, precisamente por ser miembros de la Iglesia, tienen la vocación y misión de ser anunciadores del Evangelio: son habilitados y comprometidos en esta tarea por los sacramentos de la iniciación cristiana y por los dones del Espíritu Santo» (*ChL*, 33). Es el bautismo el que constituye en apóstoles a todos los cristianos, en razón de lo cual afirma el DTO, 435-436: «La Tercera orden secular por tanto, es consciente de que la Iglesia es esencialmente misionera, y que por eso no puede ser ajena al llamado anhelante del corazón de Jesucristo antes de subir al Padre: *id por todo el mundo y proclamad el evangelio a toda la creación* (Mt 16, 15), por eso posee como objetivo inherente e indisoluble con su realidad llevar el evangelio a todos los hombres, de tal manera que todos puedan vivir con la vida nueva de la gracia.

Cada miembro al buscar unirse más íntimamente a Dios busca necesariamente unir a todos los hombres con Dios, es decir “hacer partícipes a todos los hombres de la redención salvadora” [*Apostolicam actuositatem*, 2], sabiendo que la vocación cristiana, por su misma naturaleza, es vocación al apostolado [cf. *Ibidem*]. La predicación y el apostolado están en perfecta concordancia con el fin de la Encarnación [cf. *S. Th.*, III, 42, 2]: *yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad* (Jn 18, 37)».

Ese celo apostólico que nace de la incorporación al Misterio pascual de Cristo en las aguas del Bautismo, se alimenta y fortalece en la meditación del misterio de la Encarnación, que por vocación específica tanto nosotros como nuestros laicos debemos ejercitar. Dice, en este sentido, el DTO, 439: «... es la aspiración, el anhelo y la obsesión de los laicos del Verbo Encarnado, llevar la luz del evangelio a todos los hombres, manifestando a Cristo al mundo desde la propia vocación laical. Llevar y portar a Cristo a los lugares más lejanos, más escondidos, allí donde los sacerdotes no pueden llegar o entrar, evangelizar las culturas desde lo más profundo, desde lo más íntimo, enseñoreando la realidad para el Señor, inculturando el evangelio en los lugares más recónditos de la vida humana; haciéndose eco del pedido del Papa “que los fieles laicos estén presentes, con la insignia de la valentía y de la creatividad intelectual, en los puestos privilegiados de la cultura” [*ChL*, 44] con el convencimiento que “la grata noticia de Cristo renueva constantemente la vida y la cultura del hombre caído, combate y elimina los errores y males que provienen de la seducción permanente del pecado, purifica y eleva incesantemente la moral de los pueblos” [*GS*, 58], ya que es necesario, como pedía el papa Pablo VI a los seglares “**hacer todos los esfuerzos en pro de una generosa evangelización de la cultura**” [*EN*, 18]».

A este respecto, y en línea con el mandato apostólico que urge a todos los miembros de la Familia religiosa del Verbo Encarnado, se hace imperioso poner el fundamento personal de la propia unión con Dios: «**Como piedra basal y fundamento de toda acción apostólica los laicos deben buscar la íntima unión con Dios.** Entre la perfección y el apostolado debe haber una unión estrechísima. La vida interior es el alma de todo apostolado y la garantía de su eficacia; por eso el deber primario y fundamental de todo laico debe ser que cada uno busque la propia perfección, procurando la íntima y profunda unión con Dios. Todo apostolado se cimenta en esta verdad» (DTO, 443).

A partir de esta unión se construye toda nuestra acción apostólica, que tiende al mismo tiempo a aumentar ese trato íntimo con la Trinidad. Para ello se hace preciso establecer una serie de obligaciones que si bien pueden pertenecer al bagaje espiritual de todo laico de la iglesia, nosotros hacemos nuestras, dándoles a su vez nuestro cariz propio, fundado en el misterio de Cristo.

a) La primera de estas obligaciones es el fiel y perfecto cumplimiento del deber de estado: «Dentro del amor a Dios y como base también de toda acción apostólica, debe destacarse por el fiel y perfecto cumplimiento del deber de estado. Es imposible construir cualquier obra apostólica si no se cimenta sobre las primeras obligaciones fieles y legítimamente cumplidas. Jamás se debe omitir los deberes de estado, aún causa del dolor que nos puedan producir, pues es la primera obligación, y por la que primero tendremos que responder; pueden convertirse en inútiles todos nuestros esfuerzos si no somos fieles a nuestras obligaciones elementales.

Cumplimiento exacto de todos los deberes del propio estado: he ahí el primer grado absolutamente indispensable de nuestra propia crucifixión. A semejanza de Cristo que estaba sumiso a sus padres, se debe lograr una **perfecta fidelidad a las propias obligaciones**, ante Dios, la familia, la sociedad y la patria, pese a las dificultades, las humillaciones y las miserias a que podamos quedar expuestos, por ser fiel al deber y a la verdad. Ya que los laicos “siguiendo a Jesús pobre, no se abaten por la escasez ni se ensoberbecen con la riqueza; imitando a Cristo humilde no ambicionan glorias vanas (cf. Gal 5, 26), sino que procuran agradar a Dios antes que a los hombres, dispuestos siempre a dejarlo todo por Cristo (cf. Lc 14, 26) y a padecer persecución por la justicia (cf. Mt 5, 10), recordando las palabras del Señor: *si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (Mt 16, 24)” [*Apostolicam actuositatem*, 4]» (DTO, 445-446).

b) Este cumplimiento perfecto de las obligaciones de cada uno, lleva a que se pueda dar un auténtico testimonio de vida cristiana, «haciendo patente a Cristo vivo. “Desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, los laicos contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento. Y así hagan manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad”. Todos los miembros de esta Tercera orden deben aspirar a realizar de sus vidas un testimonio vivo y candente de la vitalidad de la Iglesia, que hablen y obren con el ejemplo, que se caractericen ante los demás por la práctica efectiva de las virtudes cristianas, porque llevan a Jesús y a María en la sangre, sabiendo que las palabras mueven pero los ejemplos arrastran. “A los fieles laicos... les corresponde testificar cómo la fe cristiana constituye la única respuesta plenamente válida a los problemas y expectativas que la vida plantea a cada hombre y a cada sociedad” [*ChL*, 34]. “La síntesis vital entre el Evangelio y los deberes cotidianos de la vida que los fieles laicos sabrán plasmar, será el más espléndido y convincente testimonio de que, no el miedo, sino la búsqueda y la adhesión a Cristo son el factor determinante para que el hombre viva y crezca y para que se configuren nuevos modos de vida más conformes a la dignidad humana” [*Ibidem*]. El ejemplo que demos con nuestra vida es un medio eficazísimo de santificación y estímulo para los demás. “Los seculares cumplen en el mundo esta misión de la Iglesia, ante todo con la concordancia entre su vida y su fe, con la que se convierten en luz del mundo; con la honradez en todos los negocios, la cual atrae a todos hacia el amor de la verdad y del bien y finalmente a Cristo y a la Iglesia; con la caridad fraterna, por la que, participando en las condiciones de vida, trabajo, sufrimientos y aspiraciones de los hermanos, disponen insensiblemente los corazones de todos hacia la acción de la gracia salvadora, con la plena conciencia de su papel en la edificación de la sociedad, por la que se esfuerzan en llenar de magnanimidad cristiana su actividad doméstica social y profesional. **De esta forma, su modo de proceder va penetrando**

poco a poco en el ambiente de su vida y de su trabajo” [*Apostolicam actuositatem*, 13]» (DTO, 447).

c) En tercer lugar, los terciarios comprometen su esfuerzo y ahínco para realizar el apostolado de la oración. «Como fuente principalísima de la acción apostólica deben apuntar a ser apóstoles con la oración, ya que es la forma de todo apostolado, por eso siempre se alentarán las cofradías o movimientos que promuevan el genuino **apostolado de la oración**, como el medio primero y principal para continuar la propagación del Evangelio: *pedid y se os dará, buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque quien pide recibe, quien busca halla y a quien llama se le abre* (Mt 7, 7-8); *lo que pidieréis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo, si me pidieréis alguna cosa en mi nombre, yo lo haré* (Jn 14, 13-14)» (DTO, 448).

d) Y junto a estos empeños, se debe realizar siempre una colaboración generosa con los miembros religiosos de la Familia del Verbo Encarnado, a la que los terciarios pertenecen: «Con un amor desinteresado a Dios, de modo específico, los miembros laicales del Verbo Encarnado se destacarán por la ayuda a los sacerdotes, religiosos y religiosas, que son los representantes de Dios en la tierra, los puestos por Dios para dirigir a la Iglesia, siendo serviciales para siempre colaborar, para que ellos encuentren siempre en estos laicos manos dispuestas para colaborar en la gran empresa de la evangelización» (DTO, 449).

e) A estas obligaciones se pueden todavía añadir dos más, según hace el DTO, 450-458: una es el amor al prójimo, tema que se desarrolla en la charla número 4.

f) Y finalmente, como englobándolo un poco todo, se menciona el compromiso del apostolado, extensamente referido por el DTO, entre los nn. 459 y 485. En todo este apartado se dice que nuestros laicos «quieren, asociados a la primera orden, ocupar los puntos principales de inflexión de la cultura, para llevar el Evangelio verdadera y eficazmente a todas las manifestaciones del hombre, proclamando la verdad y la buena nueva que Cristo vino a traer» (DTO, 460).

Entre los campos a destacar, se enumera en primer lugar *la renovación cristiana del orden temporal*, al cual hay que consagrar, exorcizar y sanear desde dentro, y ordenarlo hacia Dios por Jesucristo. Esto es oficio propio de los laicos, que se desprende de su función sacerdotal (cf. DTO, 461). Parte muy importante de esta renovación del orden temporal es la llamada *acción social*: «El apostolado en el medio social, es decir, el afán por llenar de espíritu cristiano el pensamiento y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en que uno vive, es hasta tal punto deber y carga de los seglares, que nunca podrá realizarse convenientemente sin ellos. [...] Debemos lograr que Cristo reine en todo el mundo, en todas las culturas y en los corazones de los hombres, para no errar en esta tarea tan propia hay que conocer, estudiar y profundizar en la Doctrina Social de la Iglesia que brota de la sabiduría dos veces milenaria del cristianismo» (DTO, 465-466). Asimismo, «la Tercera orden compromete sus fuerzas por proveer y promover *la auténtica dignidad de la persona humana*, defendiendo y amparando al hombre “creado por Dios a su imagen y semejanza y redimido por la preciosísima sangre de Cristo” [*ChL*, 37]» (DTO, 469).

Destaca también el DTO, como un segundo terreno de apostolado laical para los miembros de la Tercera orden, el *del anuncio de la Palabra de Dios*: «Como partícipes del oficio profético de Cristo, los terciarios del Verbo Encarnado desean dedicarse a la proclamación de la verdad humana y divina: *Id pues instruid a todas las gentes... Enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado* (Mt 27, 18). Por eso la Tercera orden quiere dedicarse a colaborar en la catequesis, primer anuncio y kerigma de la verdad, poniendo a disposición toda competencia, haciendo más eficaz la cura de almas. También en la profundización de toda la doctrina cristiana, particularmente de la teología del laicado y de la doctrina social de la Iglesia. [...] También es necesario proclamar esta verdad de viva voz, en los ambientes más afectados, puntos vinculantes con la

cultura de hoy, sobre todo en la docencia, en los colegios primarios y secundarios, en los terciarios, en las universidades, tratando de iluminar las inteligencias, fortalecer la voluntad y ordenar los afectos. [...] De inestimable importancia y de relevante fruto será todo el trabajo que se lleve a cabo en los medios de comunicación social, es en ellos donde se juega hoy en día la salvación de pueblos y naciones [...] Entre los medios de comunicación debe destacarse la prensa católica, promoviendo la publicación de diarios, libros, revistas y enciclopedias que sean un auténtico testimonio de la difusión de la verdad. [...] También debemos hacer uso de los otros medios como son la radio, el cine, el teatro, sobre todo de la televisión a quien Pío XII calificó como, “una luminosa conquista de la ciencia”, de “innumerables ventajas” si es puesta al servicio del hombre. [...] En fin, debemos aprovecharnos de los adelantos más actuales y más difundidos y convertirlos a todos en instrumentos de la verdad; del mundo de las computadoras, de los correos electrónicos, de las bases de datos, de los centros de cómputos, etc. y de todo aquello que en el futuro pueda servir para la más amplia y extensa difusión del Evangelio» (cf. DTO, 470-481).

Por último, el DTO menciona *el servicio del Reino*, es decir que «los laicos de la Tercera orden secular deben vivir la realidad cristiana mediante la entrega a los demás, para servir a los hombres, en la justicia y en la caridad, al mismo Jesús presente en todos sus hermanos, especialmente en los más pequeños, en los más necesitados, en los más pobres, en los más enfermos y en los más carenciados» (DTO, 482). Un aspecto importante a este respecto es la iniciación doméstica en la conciencia de la caridad cristiana, que forjará a los futuros apóstoles de la caridad: «Uno de los puntos centrales del apostolado laical es **formar familias que sean verdaderos núcleos apostólicos, que fomenten las obras de caridad**. La familia cumplirá su misión en esta tierra “si, por la mutua piedad de sus miembros y la oración en común dirigida a Dios, se ofrece como santuario doméstico de la Iglesia; si,... practica el ejercicio de la hospitalidad y promueve la justicia y demás obras buenas al servicio de todos los hermanos” [*Apostolicam actuositatem*, 11]. Es el deseo de que de esta Tercera orden surjan familias que sepan encauzar el amplio apostolado que puede producir un matrimonio católico siguiendo las orientaciones del Concilio: “entre las diferentes obras del apostolado familiar pueden mencionarse las siguientes: adoptar como hijos a niños abandonados, acoger con benignidad a los forasteros, colaborar en la dirección de las escuelas, asistir a los jóvenes con consejos y ayudas económicas, ayudar a los novios a prepararse mejor para el matrimonio, colaborar en la catequesis, sostener a los esposos y a las familias que están en peligro material o moral, proveer a los ancianos no sólo de lo indispensable, sino también de los justos beneficios del desarrollo económico” [*Ibidem*], etc.

485. Necesariamente la caridad debe brillar en nuestra vida pues *En esto conocerán que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos con otros* (Jn 13, 35)» (DTO, 484-485)⁴⁵.

Beneficios espirituales de pertenecer a la Tercera Orden

Los beneficios de la pertenencia a la Tercera orden se siguen del hecho de que ésta sea una parte esencial y constitutiva de la Familia religiosa del Verbo Encarnado. «La inclusión y participación de los laicos en nuestra espiritualidad implica un recíproco y real intercambio de bienes. Por un lado los padres y hermanas de nuestra Familia religiosa se comprometen a asistirlos y atenderlos espiritualmente (cada uno en el grado que le es propio); por otro lado los laicos se

⁴⁵ A este respecto, existe un hermoso testimonio de la familia de Eduardo y Clara Maggiora, de Bella Vista, Buenos Aires, miembros de la Tercera orden, quienes han conformado una familia de 15 hijos, 13 de los cuales son adoptados, entre los cuales 7 con discapacidades sensoriales, mentales o motoras. La historia de su familia y el esfuerzo a que los ha movido la verdadera caridad cristiana, se puede encontrar en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE Meeting*, Roma 2019, 207 ss.

comprometen, cada uno a su modo, a prolongar la obra tanto de los padres como de las hermanas en todos los ámbitos propios de la vida laical. Esta doble relación es constituyente de la unión de un laico o grupo de laicos a la Familia religiosa del Verbo Encarnado. En efecto –como promovía el Sínodo sobre la vida consagrada–, es una realidad que “en medio de nosotros resplandece tanto el signo de la vida consagrada cuanto el de la vida de los fieles laicos que viven en el mundo como testigos de Cristo resucitado y de la presencia del Reino de Dios. Estas vocaciones se deben llamar la una a la otra para que cuantos en ellas viven sean cada vez más fieles a la gracia del propio estado. Este Sínodo, por tanto, auspicia que se conozca cada vez mejor la conexión de las distintas vocaciones y que se recuerde que la vida consagrada y la vida de los fieles laicos **se enriquecen mutuamente, dando, pero también recibiendo una de la otra**”⁴⁶» (DTO, 596).

Los beneficios son del orden espiritual, y se establecen a partir de la participación en el espíritu que el Fundador ha dado a la Familia religiosa, concretándose en la asistencia que los religiosos dan a los laicos, y en los diferentes vínculos espirituales por los que éstos se unen a la Familia religiosa. «Según lo expresado en nuestras *Constituciones*, 278, la Tercera orden está estructurada en tres diferentes niveles de compromiso:

1. La Familia religiosa del Verbo Encarnado tiene asociados en su primer grado a aquellos fieles laicos que aspiran a la perfección evangélica según el espíritu de nuestra Familia religiosa, participando en su misión, obligándose libremente por medio de votos privados o por algún otro vínculo sagrado.
2. El segundo nivel, constituido por asociaciones de fieles: grupos o movimientos laicales, cada uno de estos con su propia organización, que quieran participar del espíritu y fin de nuestros Institutos.
3. El tercer nivel, está constituido en forma amplísima, por todos aquellos fieles cristianos laicos o sacerdotes de todo el mundo que siendo amigos, simpatizantes, bienhechores, familiares, etc., quieren compartir con nosotros el espíritu de nuestra Familia religiosa, formando así parte de la Hermandad del Verbo Encarnado.

Los compromisos básicos para que alguien sea considerado terciario de la Familia religiosa del Verbo Encarnado son los del tercer nivel que deben ser vividos por todos los terciarios según su propio estado. Los miembros del segundo y primer nivel, se comprometerán por sobre estos, a sumar nuevos vínculos buscando una mayor perfección espiritual y fruto apostólico dentro de la Tercera orden secular.

Cada uno de estos niveles posee por tanto **vínculos espirituales definidos**, compromisos asumidos y consecuentemente **una admisión y una misión** dentro de la Tercera orden secular confiada por la misma Familia del Verbo Encarnado» (DTO, 598-600).

Estructura de la Tercera Orden y Gobierno

La estructura de la Tercera orden puede verse descrita en el DTO, 568-598. Allí se mencionan las atribuciones que tienen al respecto el *Superior general* del Instituto del Verbo Encarnado, «autoridad máxima del Instituto del Verbo Encarnado y por tanto el primer responsable de la Tercera orden secular»; los *Superiores provinciales*, quienes «dentro de su provincia son la autoridad máxima y los primeros responsables de la Tercera orden secular en cada provincia», con obligación de asistir a los terciarios, velar por su formación, sus apostolados, etc.; los *responsables de los distintos movimientos*, con su legítima autonomía; y el *Asesor mayor*, que no tiene funciones de gobiernos, pero vela ante el Superior general por la asistencia a los miembros de la

⁴⁶ Propuesta 32 del Sínodo para la vida consagrada.

Tercera orden en todo el mundo, promueve el desarrollo y crecimiento de la Tercera orden, siempre según el espíritu de nuestra Familia religiosa, da su parecer sobre los *Asesores locales*, etc.

La vida fraterna de los terciarios del IVE

(fuentes principales: *Directorio de Tercera orden; Constituciones; Directorio de espiritualidad; Atti dell'IVE Meeting*).

Dice el *Directorio de la Tercera orden* (DTO), 405, que «a semejanza de los primeros cristianos que se distinguían en el mutuo amor, los terciarios del Verbo Encarnado deben destacarse por vivir la caridad fraterna». Es, de hecho, un empeño fundamental que hay que inculcar en todos los miembros de nuestra Tercera orden, el que se esfuercen por vivir siempre de modo más pleno la auténtica caridad.

Esta exigencia espiritual se deriva directamente del misterio central de nuestra espiritualidad como Familia religiosa, que es el misterio de la Encarnación; y adquiere por tanto tintes del todo especiales, que es necesario comprender y practicar. «Vivir la caridad fraterna **es un imperativo del Verbo Encarnado**. Él fue quien elevó el amor fraterno a un grado sublime cuando dejó a los hombres el mandamiento del amor como testamento: *os doy un mandamiento nuevo que os améis los unos a los otros como yo los he amado* (Jn 13, 34); *el precepto mío es que os améis unos a otros, como yo os he amado a vosotros* (Jn 15, 12)» (DTO, 406).

Por eso, no puede decirse miembro de nuestra Familia religiosa quien no tenga el propósito concreto de adelantar cada día un poco más en la virtud de la caridad: «... es en este punto donde se juega de modo particularísimo **la identidad como miembro de la Tercera orden secular de la Familia religiosa del “Verbo Encarnado”**, porque sólo con la práctica efectiva de la caridad se podrán llamar discípulos de Aquél que dijo: *en esto conocerán que sois mis discípulos: si os tenéis amor unos a otros* (Jn 13, 35).

Sin la caridad nada somos, podremos construir edificios, escuelas, colegios, orfanatos, podremos incluso formar grandes grupos y movimientos, mas si en éstas obras falta el genuino espíritu de la caridad cristiana, todas éstas serían vanas y con el tiempo terminarían derrumbándose como un castillo de naipes, y no valdrían de nada: *si hablando lenguas de hombres y de ángeles no tengo caridad soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Y si teniendo el don de profecía y conociendo todos los misterios y toda la ciencia y tanta fe que traslade los montes, si no tengo caridad, no soy nada. Y si repartiere toda mi hacienda y entregare mi cuerpo al fuego, no teniendo caridad, nada me aprovecha* (1Cor 13, 1-3), porque la caridad es vida del alma, y por tanto estamos muertos si no somos conducidos por el amor de Dios: *el que no ama permanece en la muerte* (1Jn 3, 14). *Dios es caridad y quien permanece en la caridad, en Dios permanece y Dios en él* (1Jn 4, 16); *amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios* (1Jn 4, 7).

Por eso debemos **empeñarnos en vivir la auténtica caridad, la caridad que movió la Encarnación**, la que Nuestro Señor manifestó en su vida terrena, la que quemó su pecho con el mismo fuego que trajo a esta tierra y del que está ansioso porque comience arder (cf. Lc 12, 49), la caridad que brota del costado abierto en la cruz, donde se manifestó **la mayor obra de amor que pueda verse y se verá en la historia**. La caridad verdadera que busca el bien del otro aún a costa del mal propio, que procura que los demás estén bien antes del bien propio, que intenta

hacer feliz a los demás más que a sí mismo, que tiene los ojos puestos más en el prójimo en quien contempla la presencia de Dios, que en las comodidades personales» (DTO, 407-409).

Esta es la caridad que deben querer vivir los miembros de nuestra Tercera orden. Ciertamente el vínculo de la caridad une a todos los bautizados, y es un mandato genérico para todos los seguidores de Cristo, el de amar cada uno al prójimo como a sí. Pero nosotros queremos comprometernos a ellos por un título nuevo, es decir, en cuanto que queremos representar en el mundo el misterio de Cristo, y por tanto queremos ser testigos vivos de su caridad ardiente. Y además, al incorporarnos como Familia según nuestro carisma y en el espíritu de nuestro Fundador, nos hacemos deudores de una mayor caridad los unos con los otros, según el orden que debe brillar siempre en las obras de Dios.

El DTO nos explica detalladamente, a continuación, de qué modo ha de ser esa caridad que se viva entre los miembros de toda nuestra tercera orden, sea entre sí, sea respecto también de los religiosos, miembros según su estado de la misma y única Familia del Verbo Encarnado. El texto fundamental que guía todas estas reflexiones es el que ha dado en llamarse la *Carta magna* de la caridad, el himno que san Pablo ha elevado a esta virtud sublime y que se nos ha conservado en la primera Carta los corintios (a todos los de esa iglesia, particular, laicos y pastores), cap. 13.

La glosa que hace el DTO a todo el himno de la caridad es una fuente muy rica de meditaciones y sirve además de examen de conciencia bien concreto y práctico respecto de la práctica de esta virtud.

¿Qué es la verdadera caridad? «Es un espíritu de comprensión y bondad: *la caridad es paciente, es benigna* (1Cor 13, 4); es paciente porque por el verdadero amor a Dios y al prójimo es capaz de tolerar las cosas más desagradables y difíciles, de ahí su fuerza y hegemonía: *las aguas torrenciales no pueden extinguir el amor, ni arrastrarlo los ríos* (Cant 8, 7). Y es benigna porque tiende a derramarse hacia los demás, es el espíritu de caridad el que nos hace ser generosos con Dios y con nuestros semejantes, conscientes de que no debemos guardarnos los bienes que poseemos, que más ganamos dando que recibiendo.

La caridad no es envidiosa (1Cor 13, 4), evita los rencores y los malos deseos, jamás se lamenta por el bien ajeno, lejos de sufrir los elogios que se le tributan al prójimo, ella misma se une a ellos. Y lejos de envidiar con pena el éxito del prójimo, toma parte de sus alegrías lo mismo que sufre con sus penas. Se podría decir que el bien del prójimo es también el suyo.

La caridad no es jactanciosa, no se hincha (1Cor 13, 4), no presume de los méritos más de lo que en realidad valen, no busca mostrarse, no se engríe porque sabe que toda hinchazón procede de la soberbia, causa y raíz de todo pecado.

La caridad no es descortés (1Cor 13, 5); la cortesía, la educación y el trato correcto y delicado con nuestros prójimos es una de las manifestaciones más auténticas e infalsificables de la auténtica caridad. La cortesía es una hermosa virtud cristiana que por motivos de caridad busca hacer agradable la convivencia humana, cuando une a las palabras y a los hechos de deferencia, de atención, de consideración, de ayuda, el sentimiento interior que esas palabras o hechos expresan. “Usemos delicada caridad en los modales, pero sin ser pedantes. No refiramos nunca a otros las cosas que hayamos oído en forma reservada ni contemos al compañero lo que en su contra hubiere dicho otro, porque sería sembrar rencores y discordias. Guardémonos de proferir palabras que puedan herir o desagradar, ni dejémonos llevar a animosidad, ni a reprender en presencia de otros si no existe un justo motivo” [SAN LUIS ORIONE, *Carta a los Hijos de la Providencia*, 25 de julio de 1936].

La caridad no es interesada (1Cor 13, 5), no es regañera, no busca dar para recibir, no hace obras buenas por el sólo hecho que se le den las gracias, tiene un sólo interés, la mayor honra y gloria de Dios, y todo lo demás lo busca en orden a este.

La caridad no se irrita (1Cor 13, 5), porque no se inclina a la ira, no intenta la venganza, sino que ama profundamente aún a los enemigos, a los que nos persiguen y nos hacen el mal: *la cólera del hombre no obra la justicia de Dios* (Sant 1, 20); no busca el choque sin fundamento, ni se fija sólo en lo criticable y negativo, dejando de lado lo elogiabile y positivo.

La caridad no piensa mal (1Cor 13,5), todo lo interpreta en buen sentido, salvando, al menos, la buena intención o la inadvertencia del que obra manifiestamente mal, prefiere equivocarse siempre por exceso de indulgencia y de bondad antes que por el juicio precipitado y rigo-rista. “Puede ser que el que interpreta en el mejor sentido se engañe más frecuentemente: pero es mejor que uno se engañe muchas veces teniendo buena opinión de algún hombre malo, que el que se engaña rara vez, teniendo mala opinión de un hombre bueno, pues por esto se hace injuria a otro y no por lo primero” [S. Th., II-II, 60, 4, ad 1um]. No juzga a nadie, pues sabe que no pertenece al hombre el juicio sobre los demás, habiéndoselo reservado Dios exclusivamente para sí. Por eso no realiza juicios temerarios ni infundados sino que piensa con la verdad, habla con bondad y corrige con misericordia. “Ninguno debe despreciar o inferir a otro daño alguno sin una causa probativa; y por tanto donde no aparecen manifiestos indicios de la malicia de alguno, debemos tenerle por bueno interpretando en el mejor sentido lo que es dudoso”. Siguiendo la enseñanza de san Ignacio: “se ha de presuponer que todo buen cristiano ha de ser más prompto a salvar la proposición del prójimo que a condenarla; y si no la puede salvar, inquiera cómo la entiende, y si mal la entiende, corríjale con amor, y si no basta, busque todos los medios convenientes para que, bien entendiéndola, se salve” (EE, [12]).

La caridad no se alegra de la injusticia (1Cor 13, 6) porque supone la justicia como base de sus actos.

La caridad se complace en la verdad (1Cor 13, 6), la caridad no sólo está íntimamente conectada con la verdad sino que se “complace en la verdad”, porque sabe que toda verdad procede del Espíritu Santo, por eso es reacia a lo doblez, a la falsedad y al error.

La caridad todo lo excusa (1Cor 13, 7), porque por amor trata de disculpar y disimular los defectos del prójimo antes que difamarlo o calumniarlo, porque todo lo sufre, y así sabe perdonar de corazón, olvidar las injurias recibidas, cicatrizar las heridas y sabe tratar al culpable con la misma cordialidad que antes de cometer su fechoría.

La caridad todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera (1Cor 13, 7), porque el que está penetrado de la caridad fraterna admite o cree sin dificultad las palabras del prójimo, sin que esta facilidad en creer al prójimo sea incompatible con la prudencia más exquisita; espera también las mejores cosas del prójimo; y aunque al presente le vea obrar mal, no desespera de su enmienda y salvación» (cf. DTO, 410-420).

Este es el ideal de caridad de cada uno de los miembros de la Tercera orden. Habida cuenta de que Jesucristo fundó con el ejemplo de su vida todas las características de la caridad perfecta, y de que en razón de su amor divino y humano fue que nos quiso redimir por su cruz; entonces todos los que quieren reproducir a cristo han de brillar en estas mismas características, creciendo diariamente en ellas hasta la medida de Cristo en su plenitud (cf. Ef 4, 13). Por eso nuestra más honda manera de colaborar en la obra de Cristo se da por medio de una vida intensa de caridad, la cual «debe siempre aparecer, hacerse visible, convertirse en medio humano de atracción y conquista» (DTO, 426). Eso es lo que hizo Dios con cada uno de nosotros: *En esto se mostró*

el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros. Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros (1Jn 4, 9-12).

Por eso la verdadera caridad que se sostiene en el amor de Cristo, mueve a obrar. Nos impulsa al apostolado, a extender esa caridad. De allí que todo nuestro apostolado como miembros de esta Familia religiosa tenga que necesariamente nacer de ese contacto íntimo con Jesucristo que hace que nuestra espiritualidad sea tal. **«Todos los terciarios deben mirar el ejemplo eximio de la caridad de Jesucristo que nos amó hasta el extremo (Jn 13, 1), mayor amor que este nadie tiene, dar la vida por los amigos.** Por eso debemos tratar de tener los mismos sentimientos que tuvo Nuestro Señor, que fue manso y humilde de corazón, que perdona setenta veces siete y que jamás va a apagar la mecha que humea. De cada terciario se debería poder decir lo que San Juan Crisóstomo decía de Pablo: “el corazón de Pablo, es el corazón de Cristo”» (DTO, 427). Más adelante explica el DTO cómo este amor de caridad que nos une a Cristo y por Cristo a Dios, nos urge hacia el prójimo, para transmitirle fundamentalmente los bienes espirituales que hemos recibido: «De la unión con Dios se desprende necesariamente el amor al prójimo, “la razón del amor al prójimo es Dios, pues lo que debemos amar en el prójimo es que esté en Dios” (S. Th., II-II, 25, 1); pues “el mismo acto con el que se ama a Dios, es con el que se ama al prójimo; y por eso el hábito de la caridad no sólo abarca el amor de Dios, sino también el amor del prójimo” (Ibidem), la caridad ama a Dios por razón de sí mismo, y por razón de Él ama a todos los demás en cuanto se ordenan a Dios (cf. S. Th., II-II, 26, 1. 2).

De modo particular este amor se fomenta y acrecienta **reconociendo la presencia de Cristo en el prójimo**; esa presencia que será todo lo sublime y misteriosa que se quiera, pero que es un hecho incontrovertible que consta clara y expresamente en la divina revelación: *tuve hambre, y me disteis de comer* (Mt 25, 35). San Pablo dirá *somos miembros de su cuerpo* (Ef 5, 30. Cf. 1Cor 12, 27; Ef 3, 6.). Cristo dice *A mí me lo hicisteis* (Mt 25,40).

En todo hombre particularmente si es desgraciado es preciso ver por la fe al mismo Cristo y amarle exactamente con las mismas consideraciones, el mismo respeto, la misma ternura, la misma generosidad que experimentaríamos si tuviéramos la felicidad de encontrar a Jesús y el privilegio de poderle socorrer. Todo hombre que se acerca a nosotros, o hacia el que nos acercamos nosotros, es místicamente ese Jesús que todo cristiano debe amar apasionada y divinamente. El prójimo es un misterio de Dios que sólo la fe penetra. Santa Teresita lo había descubierto “lo que me atraía hacia ella –una hermana de la comunidad que le resultaba insoportable– era Jesús oculto en el fondo de su alma”.

En el fondo de toda alma humana, en efecto, está Jesús. Está allí si esa alma es cristiana, y cuanto más lo sea, más podremos encontrarle, admirarle y amarle. Y cuanto menos cristiana sea y por consiguiente, cuanto más desgraciada sea el alma, tanto más debemos trabajar para que el Salvador habite en ella, ya que el Salvador está impaciente en hacerse amar y sufre por ser desconocido. A este Jesús queremos amar, precisamente porque no podemos sufrir su ausencia en aquella pobre alma» (453-456).

Ese movimiento de caridad se debe manifestar más vivamente en determinados casos. En primer término, y por dos veces lo menciona el DTO, en relación con todos aquellos que nos son más difíciles de amar, por las circunstancias que sean. En este caso, el amor que se muestra es signo inconfundible de la verdadera caridad, como nos la ha enseñado nuestro Padre del cielo:

«Dios da la evidencia del amor con que nos ama, por cuanto, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom 5, 8). Y así debemos obrar también los miembros de esta Familia religiosa: «De modo particular debe mostrarse esto en el amor a aquellos con quienes nos sea más difícil tratar, a los que nos resulten más antipáticos o más molestos, a nuestros enemigos y a aquellos que nos odian y persiguen. **“La caridad nos da una fuerza invencible** contra el demonio y el mundo, y contra las pasiones, contra los enemigos interiores, mas también nos hace formidables e invencibles contra todos nuestros enemigos externos: nosotros los venceremos amándolos, orando por ellos, con humildad grande, y ofreciendo si hubiere necesidad nuestra pobre vida para hacerles un poco de bien y salvarlos” [SAN LUIS ORIONE, *Carta a los Hijos de la Providencia*, 25 de julio de 1936]» (DTO, 426); «De modo preferencial debemos tener un amor por aquellos que más nos cueste tratar. La caridad consiste en **querer y hacer el bien a quienes nos odian y hacen el mal: amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen** (Mt 5,44. Cf. Lc 6, 27. 35). Si alguien nos quiere mal es preciso que le amemos. Si alguien nos perjudica es preciso que le amemos. Si alguien nos perjudica es preciso que le devolvamos bien por mal, que es así como se vengaban los santos y es esta la celestial venganza que nos enseña a practicar san Paulino “devolver bien por mal es celestial venganza” [SAN PAULINO, *Ep. ad Sever.*; cit. por SAN ALFONSO, *Obras Ascéticas*, 894] ya que “nada nos asemeja tanto a Dios como el perdonar a los enemigos” [SAN JUAN CRISÓSTOMO; cit. por SAN ALFONSO, *Obras Ascéticas*, 894]. “¡El hombre es amado por Dios! Este es el simplicísimo y sorprendente anuncio del que la Iglesia es deudora respecto del hombre, la palabra y la vida de cada cristiano pueden y deben hacer resonar este anuncio: ¡Dios te ama, Cristo ha venido por ti; para ti Cristo es *el Camino, la Verdad y la Vida* (Jn 14, 6)” [ChL, 34]» (DTO, 457).

Otra cosa que recomienda vivamente nuestro DTO, es la práctica del **espíritu oratoriano**, que nos debe distinguir. «Este espíritu de caridad se manifiesta de modo particular con el llamado espíritu oratoriano (cf. *Directorio de oratorio*, 56-57), que debe procurar ser vivido por todos los miembros de la Tercera orden en sus tres niveles, de modo particular este espíritu se debe verificar en los movimientos y asociaciones de fieles, donde mediante la comunión de ideales y actividades deben unir las fuerzas para conseguir los mismos fines, viviendo en plenitud la caridad cristiana. Principalmente este espíritu debe brillar en las familias, cada familia de cada terciario debe procurar ser como un pequeño oratorio donde bajo la autoridad de los padres se eduque a los hijos en el bien y en la verdad.

Procuren todos crear **un clima de caridad** donde se viva el oratorio, ambiente educativo, de alegría y sana diversión, abierto a todos y que abarca todo, de libertad, de *gozo, paz y amor en el Espíritu Santo* (Rom 14, 17). En fin animémonos y repitémonos a nosotros mismos las palabras que san Pablo escribía a los corintios: *tratad ardientemente de alcanzar la caridad* (1Cor 14, 1)» (DTO, 429-430).

Ese es el deseo que todos debemos tenernos los unos a los otros, y respecto de nosotros mismos, el llegar a reproducir con nuestra vidas el fuego de caridad del corazón de Jesucristo: «Que siempre arda en nuestros pechos ese espíritu de amor verdadero que nos haga derramarnos y vaciarnos de nosotros mismos por el bien de los demás, que seamos instrumentos que llenen el mundo del espíritu de amor que Cristo nos vino a dar, que cada terciario pueda vivir lo que pedía san Francisco de Asís:

“Señor, haz de mí un instrumento de tu paz:

donde haya odio, ponga yo amor;

donde haya discordia, ponga yo unión;

donde haya error, ponga yo verdad;

donde haya duda, ponga yo fe;

donde haya tinieblas, ponga yo luz;

donde haya tristeza, ponga yo alegría.

Qué no busque yo tanto

ser consolado, como consolar;

ser comprendido, como comprender;

ser amado, como amar.

Porque es dando, que se recibe;

olvidando, que se encuentra;

perdonando, que se alcanza perdón;

y muriendo, que se resucita a la vida eterna" [*Oración simple*]» (DTO, 421).

Necesidad de la formación y de las prácticas de devoción del terciario

(fuentes principales: *Directorio de Tercera orden; Constituciones; Directorio de espiritualidad; Atti dell'IVE Meeting*).

El objetivo de todas estas conferencias es preparar a los laicos que desean ingresar formalmente en nuestra Tercera orden. Es importante que la preparación sea consciente ya que de la admisión formal a la Tercera orden se siguen una serie de derechos y deberes que los laicos deben guardar y cumplir, en la medida en que a cada uno le corresponda. En el *Directorio de la Tercera orden* (DTO), 386-389, se explica claramente cuáles son las maneras de ser admitido formalmente en cada uno de los tres niveles de nuestra Tercera orden, y a partir del nº 390 se resumen en cuatro aspectos esos derechos y deberes que se adquieren por la dicha admisión (siguiendo el *Código de Derecho canónico* [CIC], cc. 224-231).

- El primer aspecto es el anuncio de la Salvación. Dice el CIC, can. 225 § 1: «Puesto que, en virtud del bautismo y de la confirmación, los laicos, como todos los demás fieles, están destinados por Dios al apostolado, tienen la obligación general, y gozan del derecho tanto personal como asociadamente, de **trabajar para que el mensaje divino de salvación sea conocido y recibido** por todos los hombres en todo el mundo; obligación que les apremia todavía más en aquellas circunstancias en las que sólo a través de ellos pueden los hombres oír el Evangelio y conocer a Jesucristo». Como ya quedó claro de las charlas anteriores a ésta, este deber de ser «voces del Verbo» es asumido por nuestros terciarios de una manera propia y peculiar: «Ninguno de los miembros de esta Tercera orden puede prescindir del sagrado deber del apostolado» (DTO, 391).

- El segundo aspecto está emparentado íntimamente con el primero, y hace referencia al testimonio de vida cristiana. También aquí se toma en cuenta el CIC, can. 225 § 2, que dice que los fieles «tienen también el deber peculiar, cada uno según su propia condición, de impregnar y perfeccionar el orden temporal con el espíritu evangélico, y dar así **testimonio de Cristo**, especialmente en la realización de esas mismas cosas temporales y en el ejercicio de las tareas seculares». Para nosotros esta es también una obligación asumida por un nuevo título, como miembros de esta Tercera orden de esta Familia religiosa: «Es esta una obligación fundamental, es el apostolado entendido en un sentido más determinado, es decir, del testimonio de vida que tiene que dar todo laico en virtud del mandato: *id y enseñad* (Mt 28,19)» (DTO, 392).

- El tercero de los aspectos es todavía más concreto, y refiere a la vida conyugal de quienes en virtud de su compromiso ante la Iglesia, y a partir de la recepción del sacramento del matrimonio, viven y se santifican en esa vocación especial y tan susceptible de frutos naturales y sobrenaturales. Está tomado en el DTO, 393, casi a la letra del CIC, 226: «§ 1 Quienes, según su propia vocación, viven en el estado matrimonial, tienen el peculiar deber de trabajar en la edificación del pueblo de Dios a través del matrimonio y de la familia.

§ 2 Por haber transmitido la vida a sus hijos, los padres tienen el gravísimo deber y el derecho de educarlos; por tanto, corresponde a los padres cristianos en primer lugar procurar la educación cristiana de sus hijos según la doctrina enseñada por la Iglesia».

Necesidad y manera de la formación

El cuarto aspecto destacado por el DTO en cuanto a los deberes y derechos de los terciarios se refiere a la necesidad de formarse. La formación, como se sigue del lugar que ocupa en el CIC y en el DTO, es no solamente un derecho sino también un deber de cada laico, y a título especial, por compromiso peculiar fundado en nuestra misión propia dentro de la Iglesia, un deber de todos los terciarios de nuestra Familia religiosa.

Así se dice en el CIC, 229: «§ 1 Para que puedan vivir según la doctrina cristiana, proclamarla, defenderla cuando sea necesario y ejercer la parte que les corresponde en el apostolado, los laicos tienen el deber y el derecho de adquirir conocimiento de esa doctrina, de acuerdo con la capacidad y condición de cada uno.

§ 2 Tienen también el derecho a adquirir el conocimiento más profundo de las ciencias sagradas que se imparte en las universidades o facultades eclesiásticas o en los institutos de ciencias religiosas, asistiendo a sus clases y obteniendo grados académicos.

§ 3 Ateniéndose a las prescripciones establecidas sobre la idoneidad necesaria, también tienen capacidad de recibir de la legítima autoridad eclesiástica mandato de enseñar ciencias sagradas».

Esta enseñanza del CIC está asumida en nuestro derecho propio, y debe hacerse efectiva en cada lugar donde se instale nuestra Tercera orden: «consideren siempre [los terciarios de nuestra Familia religiosa] que tienen el **sagrado deber de formarse cristianamente**, conociendo, amando y proclamando la doctrina de la Iglesia, siguiendo el consejo de San Agustín “si sois sabios, procurad ser más depósitos que canales” [SAN AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, I, IV]. “El canal deja correr el agua que recibe sin guardarse una sola gota, mientras que el depósito, por el contrario se llena primeramente y después, sin vaciarse, vierte el sobrante de agua en los campos que fertiliza” [SAN BERNARDO, *Sermones sobre el Cantar de los cantares*, 18, 3]» (DTO, 395).

Los responsables de la formación de los terciarios son el Superior general del Instituto y los Superiores provinciales correspondientes, además del Asesor mayor (en cuanto es función suya velar por el crecimiento y desarrollo de la Tercera orden) y los asesores locales, y los distintos responsables de grupos y asociaciones incorporados como terciarios. Pero, en el fondo, cada terciario es el responsable de su propia formación, ya que de él depende aceptar y fructificar los conocimientos recibidos, además de que será su interés y sacrificio para la formación lo que guía las expectativas y esfuerzos de los responsables de brindarle la doctrina. En cada lugar donde esté establecida nuestra Tercera orden se tiene que poder brindar a cada uno, por tanto, el poder desarrollarse en este aspecto tan importante, sea la suya la condición o edad que sea.

Para explicar los diferentes ámbitos y los medios de la formación, hacemos recurso a la Conferencia «Realeza social de Cristo. Formación de dirigentes laicos», del padre Daniel Cima⁴⁷.

Allí, el padre Cima diferencia un elemento «esencial y primario» de la formación de los fieles laicos, y otro elemento «secundario y complementario».

- El *elemento esencial* incluye una serie de dimensiones de formación, de entre las cuales la primera es **la dimensión sobrenatural**: en todo cristiano, sea laico o clérigo, existe una relación fundamental, una «dimensión “específicamente religiosa” [EN, 32] o sobrenatural, o vertical, o teológica, o eterna, que consiste en su relación con Dios, con Cristo y con la Iglesia, en la predicación del Evangelio, en la infusión de la gracia por la digna recepción de los sacramentos, en la

⁴⁷ Cf. P. CIMA, DANIEL, IVE, «Realeza social de Cristo. Formación de dirigentes laicos»; conferencia del 1 de agosto de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE Meeting*, Roma 2019, 179-191.

consecución del último fin, en el abrazar la Cruz, en trabajar para la eternidad, en amar a Dios sobre todas las cosas, en fin, en la santidad, según la enseñanza de Jesús: “Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura” (Mt 6, 33) [cf. P. BUELA, CARLOS, IVE, *El Arte del Padre*, 612]. Teniendo esto en cuenta, la primera cosa que debemos buscar en la formación de un buen cristiano es **la unión con Dios, es decir, la búsqueda de la santidad en el propio estado**»⁴⁸.

A la formación sobrenatural, que es el centro y el alma de toda la formación integral, se ordenan en primer lugar la correcta **formación humana**: «Para hacer posible esta santidad, es necesaria también una buena formación para que la naturaleza no sea un obstáculo a la gracia ni actúe solo como sostén de la gracia (como si fuese una mera condición exterior), sino que entre en la esencia misma de la identidad cristiana y sea perfeccionada por la gracia. La formación humana de nuestra naturaleza es el “fundamento de toda formación. La errada comprensión de la relación entre naturaleza y gracia es la raíz de muchos males. La gracia no destruye la naturaleza, sino que la sana, la eleva, la perfecciona, la dignifica y la ennoblece” (DTO, 493). Por lo tanto, es necesario formar las potencias del alma, la inteligencia y la voluntad, para vivir en coherencia con los principios cristianos, firmemente arraigados, porque quien no vive como piensa, termina pensando cómo vive»⁴⁹.

De donde se sigue que la formación tendrá que abarcar necesariamente las potencias cognitivas y las afectivas, que se rigen en el hombre por la **inteligencia** y la **voluntad**. De allí que es preciso la sana formación en la recta inteligencia de las cosas: «Nosotros queremos terciarios que sepan pensar, con ideas claras, firmes, hombres y mujeres de principios, que siempre busquen la verdad, el bien y la belleza, que posean una inteligencia que sepa defenderse sin dejarse seducir y sin permitir que en ella anide el más mínimo germen del error (cf. DTO, 500). Todo esto no se logrará sin la familiaridad con la Sagrada Escritura, sin un amplio conocimiento de la Doctrina Católica, sintetizada en el Catecismo de la Iglesia Católica, sin el conocimiento de la Doctrina Social de la Iglesia, etc. Principalísimamente hay que apuntar a formar la conciencia, para que sea pura, sin falsedades y sin justificaciones (cf. DTO, 505)»⁵⁰.

Pero no alcanza con formarse intelectualmente si no se lleva esa formación a la práctica por medio de la formación virtuosa de nuestra voluntad: «En un mundo donde todo es contrario a los valores del Evangelio, debemos caminar siempre contra corriente, por eso es necesario formar adecuadamente la propia voluntad, mediante **la práctica constante de todas las virtudes y el dominio de las pasiones**, de manera tal que siempre y en todo se busque y elija sólo el bien mejor. Solo así estaremos en grado de cumplir con nuestra misión de ser luz y sal del mundo. Formar la voluntad significa poseer un querer que con firmeza siga el bien de la inteligencia, sin dejarse influenciar por las pasiones (cf. DTO, 507-510)»⁵¹.

A toda esta formación de la persona se le debe dar un cariz propio por la misión que se recibe, especialmente en cuanto somos miembros de esta Familia religiosa, cada uno según su grado propio. De allí que la educación espiritual, y humana, se construya y florezca en una verdadera **formación de la disciplina y para el apostolado**. Respecto del primer elemento decía el padre Cima: «Un aspecto de la formación espiritual debe ser adquirir una disciplina de vida, cuyo

⁴⁸ P. CIMA, DANIEL, IVE, «Realeza social de Cristo. Formación de dirigentes laicos»; conferencia del 1 de agosto de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE Meeting*, Roma 2019, 184-185.

⁴⁹ P. CIMA, DANIEL, IVE, «Realeza social de Cristo. Formación de dirigentes laicos»; conferencia del 1 de agosto de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE Meeting*, Roma 2019, 185.

⁵⁰ *Ibidem*.

⁵¹ P. CIMA, DANIEL, IVE, «Realeza social de Cristo. Formación de dirigentes laicos»; conferencia del 1 de agosto de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE Meeting*, Roma 2019, 185-186.

objetivo no es otro que **captar el “estilo” de Nuestro Señor Jesucristo**, lo cual no es en Él otra cosa que las actitudes que, como Hijo, tiene junto al Padre; debemos **considerarnos discípulos suyos**. La disciplina es la actitud fundamental del discípulo. Es la sumisión a las reglas de vida en orden a que la verdad se encarne en la vida de los discípulos. Queremos que nuestros laicos sean dóciles a la gran disciplina de la Iglesia, expresada en el Código de Derecho Canónico, en todas las demás normas y leyes eclesiales, y dóciles a la disciplina particular de nuestra Tercera orden, recordando la enseñanza: “aprehendite disciplinam”: *servid a Dios con temor y con temblor besad sus pies; no se irrite y perezcáis en el camino* (cf. Sal 2, 11-12)»⁵².

Respecto del apostolado, por su parte, se expresaba el padre Cima con esta fuerza: «Jesucristo asumió una naturaleza humana, para tener actos y operaciones humanas, para que fuese un hombre como nosotros, de la estirpe de Adán, quien pagaría la pena por el pecado y obraría la redención de los hombres. Fue la unión hipostática la que permitió a la persona del Verbo sufrir y padecer en su naturaleza humana para la salvación del género humano. Si nosotros queremos prolongar la Encarnación en toda la realidad, tenemos que preocuparnos por el bien de las almas. Debemos fomentar en nosotros la sed por las almas (la misma que tenía el Verbo Encarnado), comunicar a los demás el bien que hemos recibido: Jesús. Es necesario procurar ejercitarse y prepararse adecuadamente para los distintos tipos de apostolado, sabiendo que para realizar grandes obras apostólicas debemos prepararnos para sufrir. **El apostolado es cruz**, porque el Supremo Apóstol nos consiguió la redención por medio del dolor y del sufrimiento, y *nadie puede ser más que su maestro*. Hay que dejarse quemar para quemar, un fuego que enciende otros fuegos (San Alberto Hurtado). Por esto debemos estar dispuestos a sufrir incomprendimientos, vituperios, insultos, ingratitudes, ser ridiculizados, para ser como los apóstoles *espectáculo del mundo*. Es fundamental aprender a **trabajar en equipo**, a modo de cuerpo, donde cada miembro ocupa su lugar, sin envidias, sin mayores aspiraciones que la de servir a la propagación del Reino de Cristo. Que cada uno ponga sus dones y talentos al servicio de los demás (cf. DTO, 536-542)»⁵³.

- El *elemento secundario*, o bien, complementario, de la formación de nuestros laicos, es el que se desprende de la particularidad de su vocación laical, que es la secularidad. «Por secularidad laical entendemos la búsqueda por parte de los laicos del Reino de Dios tratando las cosas temporales, con las que por vocación están estrechamente unidos, y ordenándolas según Dios, contribuyendo por así decirlo, desde dentro, “a modo de fermento, a la santificación del mundo” [LG, 31. 35. 38; AA, 4. 7]»⁵⁴. Cuando se habla en este contexto de «las cosas temporales», la referencia es a «los bienes de la vida, de la familia, de la cultura; la esfera de la economía y de la política; el mundo del trabajo, de las artes y profesiones; el campo de la ciencia, de la técnica, de la ecología, de la comunicación social; los problemas de la vida, de la ética profesional, de la solidaridad, de la paz, de las instituciones de la comunidad política; las relaciones internacionales y su evolución y progreso; la promoción de la justicia, de los derechos del hombre, de la educación y de las libertades, especialmente la religiosa (cf. DTO, 338)»⁵⁵. En el ámbito de todos estos bienes hay que impregnar el Evangelio, y por tanto son campos precisos de evangelización, y propiamente, de evangelización laical. «El cristiano en todo lugar debe ocuparse del ámbito tem-

⁵² P. CIMA, DANIEL, IVE, «Realeza social de Cristo. Formación de dirigentes laicos»; conferencia del 1 de agosto de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Acti dell'IVE Meeting*, Roma 2019, 186.

⁵³ P. CIMA, DANIEL, IVE, «Realeza social de Cristo. Formación de dirigentes laicos»; conferencia del 1 de agosto de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Acti dell'IVE Meeting*, Roma 2019, 186-187.

⁵⁴ P. CIMA, DANIEL, IVE, «Realeza social de Cristo. Formación de dirigentes laicos»; conferencia del 1 de agosto de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Acti dell'IVE Meeting*, Roma 2019, 187.

⁵⁵ *Ibidem*.

poral, pero no como generalmente lo hacen los demás, sino con una mirada sobrenatural, buscando ordenar todo según Cristo. Los fieles tienen que ocuparse de la realidad terrena para poder llevar a Jesús a todas partes: a los hogares, a los cuarteles, a los hospitales, a los sindicatos, a las escuelas, a las fábricas, a los barrios, a los clubs, a los municipios, a las radios, a las universidades, a las naciones, a las televisiones, al cine, a las sociedades de fomento, etc. En este campo de lo terreno les toca actuar directamente a los laicos». Esta es la misión propia del laico nuestro, que quiere reproducir la Encarnación en toda su vida e irradiarla en todo su entorno.

Tras haber definido cuáles son los ámbitos de la formación de los terciarios de nuestra Familia religiosa, surge la necesidad de dar a conocer los **medios** de esta formación. Ciertamente, estos medios se concretan en cada lugar y según las posibilidades de cada uno. Pero de todos modos es muy bueno poder establecer los criterios y maneras generales de formarse de nuestros laicos, que en cierto sentido dan una unidad global a la formación en toda nuestra Familia religiosa.

«Los medios para educar estarán en relación directa con la persona que deberá formarse, es decir, en relación con su edad, sexo, estado, condición, capacidad, circunstancia, etc. Debemos usar de los medios más idóneos para poder crecer en edad y en gracia delante de Dios, como el Verbo Encarnado (cf. Lc 2, 51-53).

Entonces, por los niños y los jóvenes es necesario esforzarse para que crezcan en un clima auténticamente cristiano, donde haya alegría, diversión saludable, grandes ideales, donde aprendan a comprometerse y asumir responsabilidades de manera progresiva, experimentando la satisfacción de haber cumplido con el propio deber y siempre realizado con generosidad hacia Dios y el prójimo, y todo esto por amor a Dios. Por gracia de Dios, en la gran variedad de realidades donde está presente nuestra Familia religiosa y donde trabajan nuestros misioneros, siempre tratamos de contar con oratorios festivos, con grupos de niños y jóvenes de diferentes edades, con grupos de oración, con múltiples actividades que hacen posible este tipo de entorno cristiano, entorno donde las personas se forman del mejor modo humana y espiritualmente.

En el caso de los adultos, deben esforzarse por dar un buen ejemplo a los más jóvenes y, por lo tanto, deben tratar de tener una personalidad sólida, equilibrada y libre, cosa que no se logrará sin un crecimiento real y serio en la vida espiritual: especialmente con la frecuencia de los sacramentos, poniendo la Eucaristía como el centro de la vida, con la vida de oración, con la práctica frecuente de retiros y ejercicios espirituales, con la ayuda de la dirección espiritual, etc. Pero también es necesaria una formación intelectual justa para poder estar siempre “dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza” (1Pe 3, 15). Para poder repercutir adecuadamente en la sociedad será también necesario ser serios y bien formados en los propios deberes profesionales y laborales. En todo se debe buscar ser motivo de edificación para todos y jamás de tropiezo para nadie: “No deis escándalo ni a judíos ni a griegos ni a la Iglesia de Dios” (1Cor 10, 32).

Las personas mayores también deben continuar con su propia formación. Sus vidas no perderán el sentido, ni se volverán vacías, al contrario, adquirirán una mayor riqueza porque a la experiencia de sus años se le suman nuevas experiencias que los enriquecen. Por esto deben ser un claro testimonio de paciencia, sabiduría, caridad, alegría, esperanza y valor. Es necesario tener conciencia de que, aun sin darse cuenta, muchos estarán atentos a cómo será vuestro estilo de vida e incluso en aquel momento debéis dar ejemplo, como el anciano Eleazar –del cual nos habla la Biblia en el libro de los Macabeos – quien prefirió una muerte honorable a dar un mal

ejemplo a los jóvenes (cf. 1Mac 6, 18-31). Las personas ancianas, con su testimonio de perseverancia en la fe, son para los más jóvenes como faros que alumbran, para que éstos no se extravíen del buen camino ni se pierdan»⁵⁶.

En definitiva, debemos decir que para nosotros la formación de nuestros laicos constituye un aspecto esencial de su vida como terciarios, ya que sin esta formación es imposible cumplir verdaderamente con el fin para el cual hemos sido llamados a esta Familia religiosa.

Como decía el padre Daniel Cima: «Pienso que la gran tentación ha sido y será siempre la de acomodarnos a las cosas de esta tierra y no ser responsables de las obligaciones que tenemos como cristianos en el momento histórico y en el contexto cultural en el cual Dios, en su perfecta Providencia, nos ha puesto. Cuando el católico trabaja seriamente para aplicar de modo concreto la Doctrina Social de la Iglesia, trabaja por la civilización cristiana, y trabajando por ella está trabajando por la extensión del dominio social de Cristo Rey.

Los laicos en cada materia temporal deben ser guiados por la conciencia cristiana, porque ninguna actividad humana, ni siquiera en el orden temporal, se puede extraer del imperio de Dios. Así el cristiano debe ordenar toda su vida, privada y pública, según Dios, siendo fiel a su compromiso bautismal»⁵⁷.

Prácticas de devoción

Para terminar con estas charlas de formación para preparar el ingreso de los laicos en nuestra Tercera orden, mencionamos, siguiendo el DTO, dos elementos de devoción importantes de vivir por parte de cada uno. Uno son las oraciones principales de un terciario y otro son las principales fiestas que deben ser celebradas por él.

Respecto de las *oraciones* propias, la principal de ellas es la oración por excelencia, es decir, la **Santa Misa**: «Como adoradores en espíritu y en verdad del Verbo Encarnado, la principal oración es la Santa Misa, por la que se unen [los terciarios] a toda la Iglesia orante por lo cual procurarán oírla no solo dominicalmente sino también habitualmente» (DTO, 401). Después de la Misa, el DTO, 402, menciona el recuerdo de la **Pasión de Jesucristo**, íntimamente ligado a la celebración eucarística que lo contiene, y de donde se sigue que una de las oraciones que debe destacar a los terciarios es la del *Via crucis*, además de un «entrañable amor al misterio de la Pasión y de la Cruz». En tercer lugar, y aunque no es propiamente una oración, el DTO, 403, menciona un **distintivo** o enseña por el que los terciarios de la Familia religiosa del Verbo Encarnado quieren distinguirse como tales. Y por último, aunque es quizás lo que más nos identifica, se mencionan las **oraciones marianas**: «Como imitadores de la Santísima Virgen María tendrán una confianza ilimitada en esta buena Madre del Cielo, procurando peregrinar a sus santuarios, celebrando los sábados en su honor, iluminando y adornando sus imágenes, propagando su devoción, teniendo una particular veneración a las oraciones marianas, sobre todo al rezo del ángelus y de manera particular a la oración mariana por excelencia que es el Santo Rosario que procurarán rezar diariamente» (DTO, 404).

En cuanto a las *fiestas* propias, además de recomendar que nuestros terciarios se manifiesten particularmente alegres en todas las fiestas que marca la iglesia, y las propias de su lugar de origen o trabajo, el DTO, 399, remarca, parafraseando al *Directorio de espiritualidad*, 211-212, **la importancia del domingo**: «La celebración del domingo ha de ser vivida en plenitud como la

⁵⁶ P. CIMA, DANIEL, IVE, «Realeza social de Cristo. Formación de dirigentes laicos»; conferencia del 1 de agosto de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE Meeting*, Roma 2019, 188-189.

⁵⁷ P. CIMA, DANIEL, IVE, «Realeza social de Cristo. Formación de dirigentes laicos»; conferencia del 1 de agosto de 2019; en *Omnia in Christo instauranda. Atti dell'IVE Meeting*, Roma 2019, 190.

fiesta de la Resurrección del Señor. Es de especial importancia para los laicos, que viven el resto de la semana inmersos en la labor cotidiana, festejar el domingo y vivir su descanso propio para dedicarse a las cosas de Dios».

Pero no solamente el domingo es nuestra fiesta propia, sino que también todas aquellas que recuerdan nuestros peculiares elementos como Familia religiosa. «De modo particular deben solemnizarse las **fiestas propias y características de nuestra Familia**: el 25 de marzo, Anunciación del Señor; el Triduo Pascual de la Pasión y Resurrección del Señor junto con la octava de Pascua; el 29 de abril, San Luis María; el 31 de Mayo, la Visitación de la Santísima Virgen; Pentecostés; el 29 de junio, San Pedro y San Pablo, día del Papa; 6 de agosto, la Transfiguración del Señor; 15 de agosto, la Asunción de la Santísima Virgen; el 14 y 15 de septiembre, Exaltación de la Cruz, Cruz de Matará - Virgen de los Dolores; 8 de diciembre, la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen; 25 de diciembre, la Natividad del Señor; el 22 de febrero, la Cátedra de San Pedro en Roma; y el 19 de marzo, San José, esposo de Santa María. Días todos de gran júbilo pues se celebran los misterios centrales de la vida de Jesús y María» (DTO, 400).

En definitiva, el sentido de todas las prácticas de devoción, y de las fiestas propias lo da nuestro deseo de llegar a la Fiesta definitiva de Cristo en los cielos, por el camino que nos trazan nuestras Constituciones y la espiritualidad de todo nuestro derecho propio, porque «para nosotros, los que vivimos aquí, son nuestras fiestas un acceso abierto a aquella vida. Vamos de fiesta en fiesta hacia la Fiesta⁵⁸» (Directorio de espiritualidad, 211).

⁵⁸ Cf. SAN ATANASIO, *Cartas pascuales* 5,1-2: «*ab uno ad aliud festum pervenire*».

Contenido

Historia, carisma y espiritualidad del Instituto del Verbo Encarnado	3
Elementos no negociables adjuntos al carisma.....	15
Especificaciones acerca de la Tercera orden secular del IVE	37
La vida fraterna de los terciarios del IVE	47
Necesidad de la formación y de las prácticas de devoción del terciario.....	53